

INTRIGA GALACTICA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

Los neujitas, una raza reptiloide que habita más allá de las estrellas Cástor y Pólux, en la región estelar de los Gemelos, han entablado guerras en varias ocasiones contra los humanos, habiendo estado a punto incluso, en una de ellas, de llegar hasta la misma Tierra. Tras un ímprobo esfuerzo militar finalmente el Imperio había logrado derrotarlos, confinándolos en sus planetas natales y estableciendo una marca fronteriza con objeto de mantenerlos a raya en previsión de futuras aventuras expansionistas de sus enemigos.



A. Thorkent

Intriga galáctica

Bolsilibros: El Orden Estelar - 4

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 520

ePub r1.1

xico_weno 05.09.15

Título original: *Intriga galáctica*
A. Thorkent, 1980

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




La conquista del
ESPACIO

Capítulo primero

Para el presidente Totalog de Faye la noticia de la llegada del visitador Kanable fue una sorpresa. El Imperio Central no podía tener ninguna queja, porque desde hacía medio siglo no se había producido ningún incidente serio en la Marca de Los Gemelos.

Mientras se vestía para la visita, ayudado por su asistente, llegó a la conclusión de que debía tratarse de una visita protocolaria, no oficial. Si el Imperio hubiera enviado a tan alto personaje a Faye a causa de algún problema, se le hubiera avisado con la antelación debida.

El ayudante terminó de ajustarle el fajín y corrigió los últimos toques en su capa púrpura. Se retiró para estudiar el conjunto y asintió.

—Gracias, Esian —dijo Totalog al androide.

Salió de sus estancias privadas y recorrió nerviosamente el pasillo que conducía a su despacho particular, en donde le esperaba desde hacía unos instantes el visitador.

Antes de abrir la puerta volvió a recordar el nombre del representante del Imperio. James Kanable, de la Tierra, por supuesto.

Entró sonriendo abiertamente, con la mano extendida.

El hombre que le esperaba se apartó del ventanal por el cual había estado observando una panorámica de la ciudad.

Kanable era un hombre maduro, aunque lo mismo podía tener cincuenta años que un siglo. Se veía ágil y repleto de salud, tez muy bronceada y ojos inteligentes. La mano que apretó la del presidente mostró fuerza y seguridad.

—Gracias por recibirme tan pronto, presidente —dijo Kanable.

—Oh, señor Kanable. Ha sido una sorpresa agradable —mostró asientos cerca del ventanal colgante. Cerca había una mesita con bebidas. El visitante aceptó una copita de licor local, dulce y

enervante.

—Me hubiera gustado advertirle de mi llegada, presidente; pero mi estancia aquí es privada.

Totalog enarcó una ceja. Depositó su vacía copa en la mesita y cruzó los dedos.

—Usted dirá entonces, señor. De todas formas me resulta difícil olvidar que es usted representante del Imperio, lo reconozco. Cuando me dijeron que quería verme pensé que había sucedido algo desagradable con Neuj, lo cual me hubiera sorprendido porque esos seres están muy pacíficos últimamente.

—¿Usted cree? —Sonrió enigmáticamente el visitador—. Agradable licor —se apresuró a rechazar una segunda copa—. Es suficiente para mí. Los neujitas nunca dejarán de ser un problema para la galaxia, amigo mío; pero dejemos esto ahora y vayamos al asunto que me ha hecho viajar 40 años luz.

—¿Entonces ha venido expresamente a Faye? Estaba pensando que sólo se trataba de una parada técnica.

—No. Tenía que venir aquí. Lo decidí hace una semana, cuando el Departamento Galáctico me suministró un informe procedente de Faye.

—Me tiene intrigado, visitador.

—¿Está perfectamente enterado del asunto
Lur-Jol
?

Totalog se puso en guardia. ¿Cómo demonios sabía el visitador lo de
Lur-Jol
? Había presumido que se trataba de una cuestión local, sin verdadera importancia al menos para el Imperio. Estaba acostumbrado a resolver los problemas con los intratables lorganitas.

—Lo suponía, presidente. Y me alegro de ello. Así será más fácil nuestra conversación —el visitador miró desconfiadamente la lujosa estancia—. ¿Podemos estar seguros que nadie nos interferirá?

—Este lugar está aislado, señor. Aquí suelo resolver asuntos vitales y la habitación está acondicionada, para que ni siquiera el Departamento Galáctico pueda saber lo que aquí se dice —y el tono de la voz del presidente sonó con elevada amargura.

—Estupendo. Lo que vamos a hablar es muy importante. ¿Qué piensa que harán los lorganitas cuando el gobierno de Faye tenga que admitir que
Lur-Jol
ha muerto?

—¿Cómo lo sabe? Sólo media docena de personas lo saben…

—Dejemos eso. ¿Puede responderme?

—Puedo darle algunas respuestas, señor. Si conociera a los lorganitas como yo lo sabría. Cuando les diga que
Lur-Jol
murió a pesar de los esfuerzos de nuestros médicos, pensarán que estamos mintiendo y no queremos devolverles a quien para ellos es un renegado. Y si les devolvemos el cadáver pueden creer que nosotros le hemos matado al intentar hacerle hablar. También puede haber otras reacciones.

—Y el suministro puede verse afectado…

—Así es. Por nuestros informes sabrá usted que durante los últimos meses las dosis han ido mermando. He llegado a ponerme duro con los lorganitas, incluso.

—Sí, estoy enterado. Y ahora el problema de
Lur-Jol
lo empeora todo, ¿no es cierto?

—Maldita sea, sí. Y le aseguro, visitador, que hemos hecho todo lo posible por salvar la vida de ese hombre. Nos hubiera gustado devolverlo con vida hace tiempo, cuando nuestra patrulla le encontró en el espacio a bordo de esa vieja nave espacial, casi destrozada.

—¿Cómo estaba la nave?

—Apenas quedaba la tercera parte de ella. Todo el sistema impulsor había sido destrozado. No quedaba ni rastro.
Lur-Jol
estaba consumiendo su último oxígeno cuando fue fortuitamente descubierto.

—¿Se dirigía a Faye?

—No estamos seguros. Podía ser que viniera aquí, pero también puede ser que siguiera adelante, hacia otro destino.

—¿A Neuj tal vez?

—¿Qué sé yo?

Lur-Jol
estaba muy mal. No recobró el sentido. Murió hace exactamente una semana.

—Así es Yo recibí esa noticia por canal instantáneo. Entonces estaba repasando los informes previos a la llegada de
Lur-Jol
al hospital gubernamental de esta ciudad.

Totalog miró con ojos torvos a su visitante.

—¿Por qué ese interés del Imperio por un súbdito de Lorgan?

—Porque nos interesa que
Lur-Jol
vuelva con los suyos.

—A nosotros también, visitador. Pero ya es tarde.

—No, No es tarde. Cuando me dirigía hacia aquí estaba preocupado porque ustedes hubieran comunicado ya a Lorgan la muerte de
Lur-Jol
. Creo que aún estamos a tiempo de hacer algo… y muy importante.

—No le comprendo, señor… ¿Cómo podríamos calmar a esos levantiscos nativos de Lorgan?

—¿Qué cree que hubieran hecho con
Lur-Jol
si viviera y ustedes se lo devolvieran?

—No sé. Es posible que nada. Tenga en cuenta que
Lur-Jol
es pariente de la familia rectora de esa comunidad. Nosotros hemos conjeturado que él había escapado, tal vez harto de la dureza de vida que existe en Lorgan.

—¿Escapado? ¿No hay otra posibilidad?

—¿Qué podíamos pensar? Los lorganitas nunca salen de su mundo y no tenemos noticias que dispongan de naves especiales.

—Pero esa nave parecía dirigirse a otra estrella. De hecho viajó a otro sistema. Son cinco millones de años luz los que separan Cástor de Pólux.

—Sí, debía ser un vehículo estelar. Pero recuerde que sólo encontraron una pequeña parte. Lo demás había desaparecido, tal vez por una colisión con un meteorito o porque la pila de plasma explotó. Todo son conjeturas.

—Dígame sinceramente si cree que los lorganitas hubieran castigado a Lur-Jol de haber vuelto con los suyos.

—Creo que no. No. Estoy seguro. Realmente nuestro criterio es que ese hombre estaba realizando una misión para los suyos. Si antes le dije que había escapado de su mundo y ahora los suyos le querían para castigarle era la teoría más débil.

—En ese caso, puedo decirle que el Departamento Galáctico está capacitado para suministrar un hombre que ocupe el lugar de Lur-Jol.

El presidente casi saltó del sillón a causa de la sorpresa.

—¡Una suplantación! Están locos.

—Tenemos al hombre adecuado, presidente —sonrió Kanable—. Un agente del Imperio reúne las condiciones precisas para ser Lur-Jol.

—Sería arriesgado. Si esa gente le descubriera no duraría ni un segundo.

—Es un riesgo que nuestro hombre sabe que puede correr. Está advertido y dispuesto a llevar a cabo la misión.

Totalog entornó los ojos. Sabía que dentro del Departamento existía una división secreta que repartía espías por toda la galaxia. Incluso se decía que alguna vez había enviado hombres al mismo Neuj. Se preguntó cómo habían conseguido transformar un ser humano en algo de apariencia rectilínea. Y también cómo había personas capaces de sufrir operaciones plásticas tan profundas, algunas casi irreversibles. Pero el Departamento era capaz de encontrar gentes para todo.

¿Por qué no iban a tener a alguien tan loco como para meterse en la boca del lobo que resultaría el planeta Lorgan?

—Tendría que ser un trabajo perfecto. Quizá mucho más que perfecto. Los lorganitas no son fáciles de engañar. Y menos los parientes de Lur-Jol. Si nosotros apenas sabemos de sus costumbres y ritos, ¿cómo van a instruir a un hombre?

—Lo más fácil resuelve los problemas más enrevesados. Lur-Jol puede haber sufrido algunas alteraciones en su memoria a causa del accidente. Sus familiares estarán tan contentos de tenerle de nuevo con ellos que no sospecharán. Y nuestro hombre posee la suficiente inteligencia para resolver los problemas a medida que le vayan saliendo al paso.

—Me gustaría conocer a ese hombre.

Por toda respuesta, Kanable sacó de su traje una holografía, que depositó sobre las manos del presidente. Era una reproducción de la cara. Totalog torció el gesto ante los rasgos físicos del hombre.

—No se parece en nada a Lur-Jol —dijo con desencanto.

El visitador rió.

—Está viendo la actual apariencia física de nuestro agente. No es el rostro auténtico. Es el que empleó en Deneb hace unos meses, en donde llevó a cabo una misión importante y tal vez tan arriesgada como la que va a emprender. Pero su esqueleto es el apropiado para que tras una rápida intervención plástica sea una copia exacta de Lur-Jol. Lo importante es la estatura, la complexión, grupo sanguíneo, etc. En esos aspectos nuestro agente, llamado Kent Lachman, reúne los más sorprendentes requisitos.

—¿Tendremos tiempo?

—Sí. Todo estaría listo antes de diez días.

—Los lorganitas se impacientarán.

—Dígales de una vez que Lur-Jol está vivo, pero que aún necesita ciertos cuidados médicos. Que les será devuelto antes de dos semanas.

—Podría intentarlo.

—Hágalo.

El presidente volvió a llenarse otra copa de licor. Lo bebió con ansia. Lo necesitaba.

Kanable le dijo:

—Es obvio decirle que todo cuanto estamos hablando aquí está

bajo alto secreto, precisamente.

—No era preciso decírmelo.

—Bien. En mi nave está el hombre, Kent Lachman. También he traído el equipo de cirujanos plásticos. Todos pertenecen al Departamento y son de total confianza.

—¿Qué necesitan?

—El cuerpo de Lur-Jol. Lo necesitarán como modelo.

—Dispondré que sea transferido a su nave.

—En el mayor secreto.

—Sí, claro. —Totalog movió la cabeza con pesimismo—. De todas formas esto es muy arriesgado. Me desagraciaría que las relaciones que mantenemos con Lorgan se deterioren más aún.

—Estoy autorizado a liberarle de toda la responsabilidad.

—¿Sí? En la Tierra me despedazarían si los suministros de Lorgan se interrumpieran.

—Precisamente estamos intentando que esos suministros nunca se interrumpan. Las dosis precisas de hirita son imprescindibles.

Totalog se movió nervioso. Si al menos supiera para qué querían aquella síntesis vegetal que obtenían los lorganitas y que vendían mil veces por encima del valor del más raro metal o piedra preciosa de la galaxia… Pero era algo que nunca había podido averiguar. Faye era responsable de demasiadas cosas de cara al Imperio. Además de servir de tapón para los mundos Neuj tenía que soportar las insolencias de una comunidad díscola como la de Lorgan. Y todo para que el suministro de hirita siguiera fluyendo a la Tierra.

A veces pensaba que a cambio de su protección, la Tierra, es decir el Imperio Central, exigía mucho a Faye y las pequeñas colonias distribuidas en el sistema de Pólux. Y lo que tenían enfrente era la peor amenaza que nunca sufrió la raza humana, pese a que dos veces fueron vencidos por el Imperio.

Pero los neujitas siempre terminaban levantándose sobre sus cenizas y rumiando su venganza volvían a comenzar el rearme, que terminaba en una nueva guerra sangrienta.

Totalog miró a Kanable fijamente.

—¿Puedo hacerle una pregunta, visitador?

—Sí, desde luego.

—¿Qué esperan saber enviando a su hombre a Lorgan bajo la personalidad de
Lur-Jol
?

—Podría decirle un montón de cosas. La más creíble sería decirle que pretendemos descubrir el misterio tan celosamente guardado por los lorganitas acerca del cultivo y síntesis de la hirita. Eso sería magnífico, pero lamentablemente estamos dispuestos a llevar a cabo esta misión porque hemos detectado un serio peligro en este sector estelar.

A Totalog se le cortó la respiración.

—Me intranquiliza, visitador.

—Creo que vamos a estar mucho tiempo juntos y podremos conocernos más a fondo —sonrió Kanable—. El Imperio está al corriente de todo esto y poseo poderes especiales al respecto.

—Me dijo que su visita no era oficial…

—No por el momento, pero llegado el caso puedo mostrarle mis credenciales y asumir un puesto superior incluso al suyo, presidente. ¿Tengo que recordarle los acuerdos entre el Imperio Central y Paye?

—No, los recuerdo muy bien —masculló el presidente.

—Ojalá no sea preciso llegar a tal extremo. Mi visita es secreta porque debemos tener cuidado con el enemigo. Nos vigilan.

Ahora fue el presidente quien no pudo reprimir una sonrisa irónica.

—Un hombre puede transformarse en un neujita, pero lo contrario es imposible.

—Pero existen humanos capaces de servirles a cambio de dinero.

—Nosotros disponemos de un eficaz servicio de inteligencia y nunca, en siglos, hemos detectado nada parecido.

—Es posible que ahora no hayan existido. ¿Cuándo volverán los líderes de Lorgan a interesarse por
Lur-Jol
?

—Llamarán mañana.

—Dígales que su compatriota les será devuelto en perfecto estado de salud física… aunque 110 mental.

—Pueden atribuir ese defecto a que le hemos presionado para

que hable.

—Que piensen lo que quieran. Lo importante es que Lachman-Lur-Jol esté pronto en Lorgan y pueda moverse allí libremente.

CAPÍTULO II

James Kanable asintió aprobadoramente. El hombre que tenía frente a él le devolvió la mirada.

—Perfecto —dijo el visitador.

—¿Lo cree así? —preguntó secamente Kent Lachman.

—Sí, estoy seguro.

Lachman se volvió para mirarse en el espejo tridimensional. Estudió la imagen de un hombre alto, de casi dos metros, delgado y enjuto. Bueno, la altura no había variado ni tampoco la estructura ósea, pensó. Peor había sido cuando el asunto de Dhiermes. Allí le tuvieron que engordar unos kilos c incluso le hubieran rebajado la estatura de no habérselas ingeniado para caminar algo encorvado, lo suficiente para eliminar los tres centímetros que sobraban de altura respecto al individuo que suplantó.

Pero aquel rostro que le miraba desde el espejo…

Se volvió hacia Kanable.

—Me es familiar, señor.

—¿El qué, Lachman?

—Esa cara —sonrió—. Alguna vez la he visto.

—Es posible. Has tenido ya varios rostros.

—Pero esas facciones fueron las mías propias alguna vez.

—Sí, es posible. Recordábamos tu verdadero rostro. Por eso te elegimos. Vuelves entonces a ser un hombre atractivo, ¿no?

—Déjese de bromas. Debieron haberme advertido que el hombre que tengo que suplantar era casi un doble mío —se llevó la mano a la cara y se acarició una verdadera cicatriz sobre la frente, que hacía dos días no tenía—. Los cirujanos plásticos han debido tenerlo fácil.

—No se lo he preguntado. Ellos se limitan a cumplir con su trabajo. Hace un par de horas, cuando te dieron de alta, los he devuelto a la Tierra en un viaje regular.

—¿Y cuándo partirá usted?

—Me quedo. —Kanable se sentó en un sillón móvil—. Tú y yo estaremos en contacto cuando sea necesario. Dentro de tu cabeza han instalado un transmisor receptor, creo que detrás de la oreja derecha. Podrás hablarme en susurros y tú escucharás mi voz dentro de tu mente. Pero antes de hacerlo debes estar seguro que nadie te ve ni oye.

Lachman esbozó una sonrisa.

—En todas las misiones anteriores conocía perfectamente lo que debía hacer y cuáles era los límites marcados por el Departamento. Pero en ésta no son ustedes muy explícitos, señor. Me dicen, toma el lugar de
Lur-Jol
y vuelve con su familia, que a partir de ahora será la tuya. Nunca antes me había enfrentado a algo con tan escasos conocimientos.

—Es que no disponemos de muchos datos. Los lorganitas no sospecharán de ti porque pensarán que has perdido parte de la memoria. Pero ellos te identificarán como a su compatriota.

Lachman se miró los dedos de las manos.

—¿Usan el viejo sistema de las huellas dactilares?

—Sí, creo que sí. Pero ahora dispones las mismas de
Lur-Jol
. Los cirujanos se las quitaron y te las implantaron. Como verás hicieron tan magnífico trabajo, que se imposible de advertir la operación.

El hombre asintió. Empezó a vestirse lentamente.

—Pero sé muy poco, señor.

—Sabes todo lo concerniente a Lorgan, a su estructura social y económica. Lo único que ignoras es el origen de esta gente, pero eso es algo que nadie sabe en la galaxia. Ni siquiera la mayoría de los lorganitas conocen el secreto. Llegaron a ese planeta hace muchos años, antes que se colonizara la estrella Pólux. Son anteriores a las guerras contra Neuj.

Lachman frunció el ceño.

—Lorgan, en Cástor, estaba el camino de las flotas neujitas hacia la Tierra. ¿Por qué no lo invadieron como hicieron con otros mundos intermedios?

Kanable se encogió de hombros.

—Lo ignoramos. Cuando nuestros antepasados consiguieron empujar a esos monstruos neujitas hasta sus mundos fue cuando descubrimos la existencia de Lorgan. Ya sabes que fueron visitados y se negaron a entablar relaciones amistosas con el Imperio. Por un tiempo se les dejó en paz. Entonces se colonizó el sistema vecino de Pólux y se construyó allí una marca que vigilase a los seres de Neuj. Durante la segunda guerra contra Neuj las Ilotas de esos reptiles volvieron a burlar y casi destruir Faye en Pólux, pero volvieron a pasar de largo de Lorgan en dirección a la Tierra.

»Esa guerra fue peor que la primera, como bien sabes. Los neujitas incluso bombardearon la Tierra, pero de nuevo fueron vencidos y otra vez recluidos en sus mundos de origen, en Alfa del León. Y así han pasado cincuenta años.

—Presumo que los neujitas están involucrados en este asunto.

—Puede ser. Esas sospechas tenemos. Por eso queremos que tú descubras si es cierto. Los lorganitas pueden haberse cansado de tenernos como amigos impuestos, y pensado que el aislamiento que perdieron cuando establecimos los puestos comerciales en Lorgan debe volver.

—Bah, los lorganitas ganan mucho dinero comerciando con Faye. ¿Dónde iban a vender su hirita sino allí? Y ellos necesitan muchos productos manufacturados nuestros, del Imperio.

—Es posible que hoy estén arrepentidos de haber sido débiles.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero ya es tarde. No pueden romper con los suministros de Faye. Y para conseguirlos tienen que exportar hirita.

Lachman se ajustó el cinturón. Vestía una camisa holgada de color verde y unos pantalones ajustados negros. Las botas eran de media caña, flexibles y cómodas. Todo era material de Lorgan. Era la misma ropa que vestía
Lur-Jol
cuando fue encontrado. Le sentaba magníficamente, lo cual era lógico.

—Temo el momento en que me enfrente a mis parientes —dijo Lachman.

—Ahora serás sometido a un tratamiento hipnótico y en él aprenderás a reconocerlos. Disponemos de esos datos. Nuestros espías en los establecimientos comerciales de Lorgan nos tienen

bien informados al respecto —miró la hora—. Vendrán a buscarte dentro de seis horas. Permanecerás cuatro en la cámara del sueño. El doctor Mordinson te espera.

El hombre asintió. Seguía tocándose el cinturón, como si le faltara algo.

—Tengo entendido que todos los lorganitas llevan armas siempre, incluso sus mujeres —dijo.

—Ah, sí. Luego te entregaré un láser; el que era propiedad de Lur-Jol. Ellos antes usaban armas que disparaban cartuchos con pólvora. Pero nuestra tecnología les impuso las armas modernas. Para ti no será difícil adoptar esa costumbre lorganita de portar una pistola a todas horas —rió—. Creo que no se separan de ella ni cuando hacen el amor con sus mujeres.

—¿Está casado Lur-Jol? —preguntó súbitamente Lachman.

—No. Pero es posible que esté comprometido.

—¿No está seguro? ¡Vaya papel voy a jugar!

—La costumbre en Lorgan es extraña. Los jóvenes que se gustan conviven juntos algún tiempo y se conocen profundamente. Eso no es ningún compromiso. Si se gustan anuncian que formalizarán su unión. Entonces son novios oficiales.

—No son tan salvajes.

—Aunque ellos lo nieguen, las tesis oficiales sobre su origen afirman que son descendientes de la Tierra, de los primeros colonos que durante el comienzo del Imperio se dispersaron alocadamente por algunos sectores de la Galaxia. Pero reniegan de sus ancestros y no sabemos cuál es el motivo.

—Bien. Estoy dispuesto a dormirme. No nos queda mucho tiempo. ¿Cómo iré a Lorgan?

—Ha venido una nave estelar a buscarte.

Lachman miró sorprendido al visitador.

—Los lorganitas no disponen de naves estelares.

—Eso creíamos. Pero Lur-Jol apareció en una y ellos avisaron que llegarían a buscarte, apenas les anunciamos que estabas vivo y deseando volver al hogar.

—¿También se las ha vendido el Imperio?

—Oficialmente, no. Pero han podido conseguirla de alguna forma. En una nave pequeña y antigua. El modelo no es corriente y puede haber sido fabricada en cien planetas distintos. Siempre hay traficantes ilegales que merodean por los mundos, ¿no?

—Y la habrán pagado con hirita —afirmó Lachman.

—No. En Lorgan también hay uranio, oro y piedras preciosas, aunque todo ello en escasas cantidades. Los nativos siempre pretendieron adquirir al Imperio naves modernas y armas más poderosas, pero Faye siempre se negó siguiendo nuestras indicaciones. Esto debió llegar a los oídos de los comerciantes independientes y secretamente descendieron en Lorgan, pero les vendieron material viejo y de mala calidad.

—No me lo dibuja muy optimista todo, señor. Es posible que esa nave tenga posibilidades de llegar entera a Lorgan.

—Confiemos que sí. —Kanable se puso en pie y se dirigió hacia la salida.

Estaban en la nave que le había conducido desde la Tierra a Faye, un vehículo gigantesco, de apariencia civil, pero que Lachman sabía que en realidad era un crucero de guerra disfrazado.

—Vamos,
Lur-Jol
. El doctor te espera. Debes acostumbrarte a que te llamen por este nombre.

Lachman gruñó entre dientes.

—Estoy habituado a que me llamen por muchos nombres y nunca he cometido el error de responder equivocadamente.

* * *

El sol blanco de Faye comenzaba a ocultarse por los montes que se alzaban hacia el norte, en el mismo horizonte, cuando Lachman bajó del ascensor que le depositó sobre la pista de aterrizaje. Dentro de la transparente cabina estaba el oficial que le había acompañado. Fuera le esperaba un coche del gobierno de Faye. Un hombre que vestía capa escarlata le salió al encuentro. Se presentó como el presidente Totalog y le invitó a entrar en el vestíbulo. Delante de los mandos estaba sentado un hombre, que lo puso en marcha inmediatamente.

Totalog dijo:

—Daremos una amplia vuelta por el astropuerto,
Lur-Jol
. La nave lorganita está anclada en el otro extremo. Hubiera sido extraño que sus tripulantes le hubiesen visto bajar de una nave con matrícula de la Tierra. Para todo el mundo usted ha estado en el hospital de la ciudad, en el ala especial para los huéspedes distinguidos.

Lachman asintió en silencio. Cerró los ojos. En su mente aún estaban frescas las informaciones aprendidas durante el sueño de cuatro horas. No había sido un descanso, sino un duro aprendizaje. Se sentía algo agotado, pero el doctor le habla asegurado que pronto se repondría.

Cruzaron todo el vasto campo de aterrizaje, pasando entre docenas de naves comerciales y cargueros procedentes de todas partes de la galaxia. Cuando estaban saliendo de las pistas vio una docena de cruceros estelares de Faye, con su puño amenazador en los fuselajes. Era el emblema de la Marca de los Gemelos, una institución levantada y organizada por la Tierra para la vigilancia de los belicosos neujitas.

Pasaron por las últimas pistas y entraron en otras más pequeñas. Entonces vio al frente una nave pequeña, de apenas cien metros de eslora. Usaba sistema de descenso vertical y los sustentadores eran anticuados. Pero las toberas se veían relucientes y en perfecto estado. Lachman se encogió de hombros. Era un consumado piloto y podía saber cómo se comportaría una nave en navegación hiperespacial como sólo echarle un vistazo. Sí, tal vez aquel trasto fuese capaz de salvar cinco años luz.

El coche aminoró la marcha y se detuvo a unos treinta metros de la nave. La compuerta estaba abierta y la rampa echada. Alguien bajó por ella. Era un hombre y vestía ropas similares a las de Lachman, pero toda gris. Las botas eran amarillas y lucía una pequeña gorra verde, ladeada sobre la izquierda.

Lachman se fijó en su cinturón vacío y dijo al presidente antes de bajar:

—No lleva armas.

—Saben que está prohibido en Faye; pero la tendrá dentro de la nave. Tenga la suya,

Lur-Jol
—le dijo Totalog entregándole un paquete.

El agente sonrió. El presidente le había llamado dos veces por su nuevo nombre. Bueno era que se acostumbrase. Tomó el paquete y por el peso y forma supo que se trataba de un láser pesado, de gran potencia. Él siempre había usado un modelo pequeño, que siendo manejado eficazmente podía prescindirse de la aparatosidad. Pero los lorganitas debían sentirse más cómodos con aquel arma descomunal.

Cuando se alejó del coche no saludó. Se dirigió directamente hacia el hombre que le esperaba, resueltamente. Un lorganita caminaba siempre con rapidez, no titubeaba nunca.

El hombre le puso una mano en el hombro y le miró fijamente. Lachman hizo lo propio. Supo en seguida que se llamaba
An-Dore
. La enseñanza hipnótica era eficaz por el momento.

—Te saludo,
Lur-Jol
.

—Y yo a ti,
An-Dore
.

—Entremos.

Lachman se volvió para observar como el coche presidencial se ponía en marcha y se alejaba. Se sintió un poco decepcionado. Había pensado que su entrega iba a estar revestida de mayor protocolo.

Ascendieron por la rampa y entraron en una cámara hermética. La otra puerta estaba abierta. Lachman lo miró todo con curiosidad. Su acompañante le dijo:

—Si hubieras pilotado esta nave habrías podido escapar a tiempo cuando saliste del hiperespacio, hermano.

Lachman no replicó. Era costumbre entre los lorganitas llamarse hermanos, pese a que
An-Dore
era primo suyo. Mejor dicho, de
Lur-Jol
. ¿A que se había referido de haber podido escapar? ¿De qué pudo

escapar?

Le siguió por el estrecho pasillo repleto de conducciones. Se agachó para entrar en una desviación a la derecha y entraron en el comedor octogonal, con su mesa situada en el centro. Había una bandeja con comida y de un vaso salía un aromático humo.

—Come, hermano. Avisaré que estás aquí.

Lachman se sentó, dejando al lado de la bandeja el envoltorio con el láser. Era una comida de bienvenida. Estaba obligado a comer algo y beber de la infusión humeante.

Se sintió más relajado. No le consideraban un desertor. O al menos aquel hombre no había demostrado hacia él, ningún gesto hostil.

Comía cuando alguien entró en el comedor. No se trataba de An-Dore, sino de una mujer. Era alta y muy hermosa, de sensuales labios. Dentro de su mente se iluminaron velozmente unas imágenes. Era Leis-Sa. Pero no pudo localizar cuál era su relación con Lur-Jol.

Se levantó y en seguida se encontró en los brazos de la mujer, sintiendo el calor de unos pechos contra él. Ella le besó en la mejilla y luego, ardorosamente, en los labios. Le había pillado aquel gesto un poco de sorpresa y reaccionó torpemente.

—Estás envarado, cariño —le dijo Leis-Sa, apartándose de él. Le miró con fijeza, un poco sorprendida.

—Aún no estoy bien.

—Esos extranjeros advirtieron que habías sufrido heridas en la cabeza, que no coordinabas; pero había pensado que fue una excusa tuya para evitar ser interrogado.

—No me interrogaron.

—Te creo, pero resulta difícil de admitir. ¿Por qué te han retenido tanto tiempo?

—Tal vez querían devolverme entero —rió nerviosamente.

—Lo estás y me alegro. Partiremos en seguida. Ya tengo el permiso de la torre de control.

—¿A casa? —Se atrevió Lachman a preguntar.

—¿A qué otro sitio? La cita quedó rota. Pero volveremos en otra ocasión a intentarlo. Y entonces no irás solo. Te acompañaré y no nos dejaremos sorprender por las patrullas de Faye.

—Tienes razón.

La siguió hacia el puente de mando, triturando un montón de preguntas. Pero no era el momento. Tenía que esperar. Las cosas debían sucederse con sencillez.

CAPÍTULO III

En la nave, llamada Cantor, sólo viajaban An-Dore y Leis-Sa, además de él. Cuando se alejaron de la estrella Pólux entraron en el hiperespacio y el piloto automático se encargó de todo con la ayuda del computador.

Fue un viaje que comenzó de forma inquietante para Lachman, pero que a medida que pasaron los días se fue tranquilizando. Su primo resultó un tipo poco hablador y casi siempre estaba recluido en su camarote, leyendo o cantando suaves canciones acompañado por un complicado instrumento de cuerdas.

Tal como había pensado, la chica era la compañera íntima de Lur-Jol y Lachman temió el momento de la intimidad, no por el hecho en sí, sino porque una mujer es quien conoce más profundamente a un hombre y en la cama puede descubrir la más perfecta suplantación.

Durante el primer día Leis-Sa le dejó descansar e incluso le suministró un sedante de Lorgan. Era una droga suave que le hizo dormir a Lachman durante veinte horas. Se despertó en perfecta forma e incluso acudió al pequeño gimnasio. Luego, después de la cena, ella le sugirió que debían retirarse.

Lachman no perdió ocasión para poner de manifiesto que aún se encontraba en baja forma, pero la chica le replicó riendo que no se preocupase, que la iniciativa sería de ella.

Cuando un rato más tarde Leis-Sa dormía a su lado, Lachman pensó que el comportamiento sexual de

Lur-Jol
no debía diferenciarse mucho del suyo. Pero de todas formas no estaba tranquilo. Durante aquel acto ella se había mostrado muy activa y comprensiva, admitiendo que él había pasado por un mal trance durante su estancia en Faye. Pero ¿ocurriría lo mismo cuando estuvieran en Lorgan y entonces su actitud debía ser la de siempre, cosa que no podía conocer y que la instrucción hipnótica no había podido decirle?

Se quedó dormido y tuvo pesadillas, pero en ellas siempre aparecía como factor relajante la chica.

Al día siguiente, mientras desayunaban,
An-Dore
le dijo:

—Instrucciones del Consejo. He recibido un mensaje que acabo de descifrar.

Lachman puso toda su atención. Los lorganitas usaban un código secreto, que el servicio de inteligencia de Faye y del Imperio nunca habían podido descifrar. Sería estupendo acceder a él. Pero entonces tembló ligeramente.
Lur-Jol
podía estar al tanto del código. No debía mostrar por lo tanto interés en conocerlo. Si actuaba con tacto podía conocerlo más adelante. En alguna parte debía estar escrito.

—¿Qué dicen?

Había hecho la pregunta
Leis-Sa
, con indiferencia.

—Bueno, se trataba de un mensaje personal de Mon-Kerte, pero en nombre del Consejo. Es simple rutina. Están contentos porque
Lur-Jol
regrese con nosotros sano y salvo.

—¿Qué más?
An-Dore
mostró turbación.

—Considera el Jefe que
Lur-Jol
debe descansar un período, que sea otro quien se encargue de la próxima cita.

La chica estalló en una sarta de imprecaciones. Luego cuando consiguió serenarse, dijo:

—Éste es un asunto que comenzamos los dos y somos nosotros los que debemos terminarlo. ¿Qué dice el líder de la familia Lur?

—El jefe no demostró temor ante la oposición de los Lur. Su mensaje ha sido escueto. Y no esperan respuesta.

—La tendrán cuando estemos frente a frente —sentenció la chica.

Lachman supo enseguida el asunto de las familias. En Lorgan había muchas de ellas. Sólo una docena eran las más importantes y formaban el Consejo, cuyo jefe era precisamente el llamado Mon-Kerte.

La familia Lur era la segunda después de la de Mon, y los indicios apuntaban a que la siguiente jefatura sobre el líder de los Lur, el tío paterno de Lur-Jol. An-Dore era hijo de una hermana de Lur-Ash, el presunto futuro jefe del Consejo.

Los Lur poseían las mayores extensiones de crianza de la hirita, lo que dentro de la sociedad de Lorgan era más que un título de nobleza y trampolín adecuado para alcanzar la jefatura del Consejo.

An-Dore se retiró al puente, alegando que debía disponerlo todo para la salida del hiperespacio. Llegarían a Lorgan dentro de ocho horas y a las aldeas poco después.

Lachman se quedó jugueteando con los restos de su desayuno. Cuando alzó la cabeza sorprendió a la chica mirándole fijamente. Le sonrió rápidamente.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—No. Pero creo que el jefe tiene razón; debes descansar. Al menos hasta que tu cabeza esté como antes.

—¿Es que te decepcione antes?

Ella le dirigió una mirada que no pudo calificar. Terminó riendo ampliamente. Le tomó de las manos y se las apretó:

—Estuvo muy bien, tal vez mejor que otras veces; pero olvida

eso ahora. Debes ser sincero y decirme si te sientes capaz de afrontar la cita próxima.

Lachman sintió un nudo en la garganta. Si al menos supiera de qué se trataba esa cita a que se referían tantas veces y que por lo visto él iba a tener cuando su nave sufrió el, aún, misterioso accidente.
Leis-Sa
había dicho que él fue atacado por los de Faye, por una nave. Pero ni Kanable ni Totalog habían mencionado nada. Y ellos debían estar seguros si alguna patrulla de vigilancia de la Marca había disparado contra una nave desconocida que salía del hiperespacio.

—Con tu ayuda me siento capaz de todo, cariño —dijo Lachman.

—Gracias, pero no es suficiente. Lo que debemos hacer es demasiado importante para Lorgan, pero también pata ti.

Tú has sido el iniciador de todo y no debemos permitir que nadie arrebate la gloria a un miembro de Lur. Ya sabes que mi familia apoya a la tuya. Durante muchos años la mancha que cayó sobre tu familia ha impedido que
Lur-Uh
asuma la jefatura del Consejo. Y todos sabemos que con el triunfo de tu proyecto nada ni nadie impedirán que tu tío sea jefe.

—Sí, es cierto.

Sólo supo decir aquello. Todo cuanto le había dicho
Leis-Sa
resultó un cúmulo de misterios para él. Los informes sólo le podían desvelar parle, una mínima parte. ¿A qué mancha en la familia Lur se refería?

Sabía que el honor entre las familias era algo muy complicado, pero creía conocer todos los detalles.

Caminaba a trompicones. Algunas veces le desbordaba el optimismo y otras el pesimismo cundía en él, diciéndose que la superchería sería descubierta apenas pusiera los pies en el planeta Lorgan.

—Sólo podemos confiar, en que la siguiente cita sea dispuesta para dentro de unas semanas, cuando estés completamente restablecido —dijo
Leis-Sa
.

—Lo estaré. No debemos estar ausente entonces, cariño

* * *

An-Dore
se encargó de conducir la nave hasta un calvero de la espesa selva. Hizo un descenso más que bueno y los temores de Lachman de estrellarse se disiparon cuando aún estaban a unos veinte kilómetros de la superficie, mientras cruzaban las densas nubes.

Lorgan era un mundo tipo Tierra, pero en donde existía un clima tropical en el único continente que poseía y que ocupaba la décima parle del planeta.

Las instalaciones comerciales de Faye estaban situadas al sur, junto a un gran lago, a unos quinientos kilómetros del sector ocupado por las familias. Aquella zona era la más fértil y sólo al otro lado de los enormes montes se extendía un árido desierto rocoso que terminaba en el gran océano de Lorgan, hacia el este. Más allá comenzaba una larga serie de islas, casi todas desiertas y pobladas con una launa terrorífica.

El mismo continente no era un lugar totalmente seguro, pero el sector ocupado por las familias había sido limpiado desde hacía varias generaciones. Y las instalaciones de Faye se veían libres de peligros debido a la proximidad del gran lago.

Cuando la nave aterrizó surgió de la espesura un potente vehículo que se situó junto a ella. Luego llegaron otros todo terreno y los tres viajeros subieron en uno. Por la ventanilla trasera Lachman vio como la nave era conducida a un cobertizo situado en el borde del claro. También descubrió otras naves, un total de cuatro.

Los lorganitas querían que los demás siguieran ignorando que disponían de naves estelares o al menos de su número exacto.

El vehículo era conducido por un nativo corpulento y silencioso, que ni una sola vez se volvió desde su cabina para echar una mirada a
Lur-Jol
.

La selva estaba abierta por un sendero de una anchura justa para que el vehículo pudiera avanzar. No podía desarrollar mucha velocidad y en alguna ocasión se echó a un lado para dejar paso a

otros camiones que venían en dirección contraria.

Lachman apreció que estos camiones iban cargados con fardos de piel. Hirita que era llevada para su síntesis a algún lugar secreto del continente, una ubicación que los agentes de la Tierra nunca habían logrado descubrir. Por lo tanto Lachman la ignoraba, mientras que
Lur-Jol
debería saberlo. Únicamente sabía que las plantaciones de hirita se extendían cerca de allí, fuertemente vigiladas por los nativos.

Recordó, según las enseñanzas, que en una ocasión el Imperio obtuvo simientes de hirita y los científicos consiguieron hacerla crecer, pero el resultado fue negativo. A pesar de que usaron cientos de formas de síntesis, lo que obtuvieron no servía para nada.

Lachman apretó los labios, después de observar de soslayo que sus acompañantes no le prestaban atención. En la galaxia casi nadie sabía nada de Lorgan. Para todo el mundo era un simple planeta agrícola con una comunidad semiautóctona poco tratable. Producían algo muy apreciado por el Imperio, que se intuía era destinado a cierto planeta. Nada más. Y nadie se preocupaba de averiguar más.

Kanable le había dicho al respecto porque los informes hipnóticos carecían de esos datos. La hirita era importante, vital para el Imperio. No fue muy extenso el visitador con sus explicaciones, dejando siempre sin aclararle la esencia misma de la cuestión. Resumiendo, la hirita impedía a los belicosos neujitas volver a salir de sus mundos y emprender una nueva guerra contra el Imperio Central.

¿Qué había querido decir? Toda la galaxia sabía que la Marca de los Gemelos, es decir Faye, era el guardián de Neuj. Los fayenitas disponían de una poderosa flota de guerra sufragada por el Imperio para mantener a los neujitas dentro de sus fronteras. Faye era un planeta próspero a pesar de la amenaza de guerra constante que se cernía sobre él. En pocas décadas había conseguido una población de más de mil millones de seres. Allí las facilidades para la inmigración eran enormes y la posibilidad de prosperar mejores que en ningún sitio. Faye seguiría siendo poderoso mientras contase con el apoyo del Imperio.

¿Pero podía Faye solo atajar un nuevo levantamiento en Neuj?

La respuesta era conocida sólo por unos pocos hombres. Entre ellos, Lachman. Había tenido acceso a los ordenadores y la contestación era que Faye apenas lograría repeler el avance neujita hacia la Tierra durante unas semanas, pero serían las suficientes para que las flotas espaciales imperiales acudiesen, y cuya intervención sería entonces decisiva.

Pero la Tierra, el Imperio Central, precisaba que Faye detuviese el primer ataque de Neuj. Posiblemente el planeta de Pólux no sería gravemente afectado, pero sí sufriría grandes pérdidas. Sin Faye en medio, las naves de Neuj llegarían hasta cerca del Sistema Solar, y podrían atacar la Tierra, con el riesgo de que el Imperio Central quedase desmembrado aunque saliese victorioso.

El sendero se ensanchó. Había algunos claros amplios en el bosque a ambos lados. Lachman observó a un grupo de jinetes que miraron el vehículo al pasar. Eran hombres y mujeres armados y uno sostenía una pequeña bandera. Reconoció los colores de la familia Mon. Entre ellos destacó un guerrero gigantesco, que al divisarles hincó espuelas en su montura y les alcanzó, haciendo señas al conductor para que parase.

Lachman parpadeó y sus recuerdos vibraron dentro de su mente. Ya le era familiar aquel rostro. Antes que el jinete se acercase al coche ya sabía que era
Mon-Kes
, hijo de Mon-Kerte. Era un gigante rubio, cuyos cabellos largos y rizados salían de un casco de acero emplumado…
Mon-Kes
, se agachó y sonrió a los ocupantes del coche. Sus ojos azules taladraron a Lachman al decir:

—Saludos, hermano
Lur-Jol
. Todos estamos contentos teniéndote de nuevo en el hogar —le observó detenidamente—. Al parecer no tienes heridas superficiales. Creo que estarás dispuesto para dentro de un par de días para la recolección.

—Saludos, hermano
Mon-Kes
—respondió Lachman—. Mi pérdida parcial de memoria no me impedirá tomar un machete y arrimar el hombro.

El jinete soltó una carcajada, recogió bridas y volviendo grupas, dijo antes de cabalgar al otro, para reunirse con su grupo:

—Nos veremos entonces, hermano. Y estaremos juntos para ver quién de los dos marca la vereda más rápida.

Lachman observó que el rostro de
Leis-Sa
estaba tenso cuando pidió al conductor que reanudasen la marcha. Luego se volvió hacia él y le dijo un tanto sorprendida:

—A veces me inquieta tu sangre fría ante semejantes situaciones, cariño. Tu comportamiento con
Mon-Kes
es de una paciencia incomprensible. Y él ha estado insolente al exigirte, prácticamente, que estés en la recolección en seguida. ¿Es que no ha tenido en cuenta que regresas de un duro trance?

¿Qué relación podía haber entre
Lur-Jol
y
Mon-Kes
?, pensó Lachman. Los informes insertados en su mente no podían saber nada de las relaciones entre los diversos miembros de las variadas tribus del planeta, obviamente. Al parecer entre él y
Mon-Kes
existía cierta rivalidad, que le convenía averiguar hasta qué extremo. ¿
Leis-Sa
tal vez? ¿O eran asuntos de política entre las familias?

—Estoy seguro que podré ir a las plantaciones pronto.

—¡Eso lo decidirá el líder de tu familia y no un ambicioso como
Mon-Kes
! —exclamó
Leis-Sa
.
An-Dore
abrió la boca por primera vez desde que emprendieron el viaje en el vehículo para decir:

—El Consejo deberá decidir en este caso, ¿no os parece?

La muchacha asintió vigorosamente.

—Así será. Y ni siquiera Mon-Kerte, para dar satisfacción a su

pedante hijo, podrá impedirte que de nuevo acudas a la nueva cita.

Lachman sabía lo que arriesgaba, pero consideró que debía preguntar:

—¿Cuándo será la cita?

Se quedó tranquilo cuando Leis-Sa, mirando al frente, replicó:

—El mensaje se ha enviado, dando explicaciones de tu ausencia. En la Aldea del Consejo nos lo podrán decir cuando lleguemos. Supongo que allí ya tendrán la respuesta.

Lachman asintió y se quedó sin deseos de hacer más preguntas por el momento. Sus conclusiones eran: existía una cita en alguna parte del espacio con algunas identidades desconocidas hasta el momento; él, mejor dicho Lur-Jol, era el autor de un ambicioso plan que podía redimirle de una mancha que pesaba sobre toda la familia Lur. Tenía que ser un plan o proyecto muy bueno para que todas las familias lo admitiesen. Pero había fracasado en una cita y tal cosa había puesto nerviosas a muchas personas, sobre todo a las familias Lur, Leis y An, que al parecer eran adictas a Lur-Ash, el rival a la jefatura del Consejo de Mon-Kerte.

El vehículo se había detenido, sorprendiendo a Lachman en sus pensamientos, en medio de una gran plaza rodeada de casas de madera y piedras. Había mucha gente, pero nadie se acercó al coche. Estaban junto a una edificación mayor, circular y con una gran cúpula. En la entrada, amplia y lujosa, había varias personas, todas maduras. Alguien se adelantó para recibirles. El archivo mental de Lachman funcionó y supo que era Lur-Ash quien le esperaba con los brazos abiertos y una cordial sonrisa de bienvenida.

Bajó del coche.

CAPÍTULO IV

Aquella noche, a solas en su cuarto y con la mente un poco enturbiada a causa del vino que corrió abundantemente en la pequeña fiesta, que
Lur-Ash
organizó para celebrar su regreso, Lachman se tumbó en la cama terriblemente cansado.

Al cabo de unos minutos abrió los ojos, contrajo los músculos del cuello y estableció contacto con Kanable.

—Aquí Lachman a Kanable. Kanable, ¿me escucha?

Habló en un susurro. Aguardó unos segundos. La respuesta que recibió le llenó de gozo.

—Maldita sea, Lachman —gruñó Kanable—. Me ha despertado. Será mejor que sintonices la hora. Aquí es ahora las seis de la madrugada.

Lachman reprimió su deseo de soltar una carcajada. El día de Faye duraba veintiséis horas y el de Lorgan sólo cincuenta minutos menos. Lo tendría en cuenta para buscar siempre una excusa y despertar antes de la media noche, hora local, a Kanable.

—No deseaba que estuviera intranquilo por mí después de tanto tiempo sin mis noticias —dijo Lachman.

—Bien, di lo que sea. ¿Qué tal la reunión?

—Pasable solamente. Noto terriblemente la falta de datos. —Me lo imagino. ¿Algo de interés?

—Sí.
Lur-Jol
iba a una cita en el espacio cuando su nave fue atacada. Los lorganitas piensan que fue un crucero de Faye.

—Absurdo. Lo sabríamos. No fue ninguna nave de la Marca. ¿Para qué iba a esa reunión y con quienes tenía que entrevistarse?

—Negativo. Pero habrá otra cita.

—Dime las coordenadas y enviaré una flota para interceptar a la parte contraria.

—No lo sé. Y no creo que sea conveniente suspender esa reunión.

—Es tu opinión, Kent. Nosotros decidiremos. Anota lo siguiente: los lorganitas están demorando sus envíos de hirita a Faye. Es preciso que sepamos por qué sucede esto y si sólo es temporal debido a alguna causa justificada.

Lachman frunció el ceño. Dijo:

—No existe ninguna causa al parecer, señor. He visto cargamentos de hirita en bruto y la recolección comenzó hace unos días y parece abundante.

—¿Dónde está el laboratorio o dónde demonios esos condenados nativos la sintetizan?

—Aún no lo sé. Y temo que llegue el momento que hagan una pregunta sobre eso, ya que yo debería saberlo.

—Bien; si te descubren ya sabes que debes avisarnos inmediatamente.

—¿Para enviar una flota en mi rescate? —preguntó Lachman con sorna.

—Tu seguridad nos preocupa, Kent.

El agente dio algunos datos más sobre lo que había visto y oído durante aquella jornada. Luego añadió que él también estaba cansado y quería dormir. Volvió a contraer los músculos y el contacto cesó.

Se quedó un rato mirando el techo, con la cabeza bajo las manos.

Echó de menos un cigarrillo, pero los lorganitas no fumaban.
Leis-Sa
se había despedido de él en medio de la pequeña fiesta. Aunque volvía a desearla se dijo que era lo mejor para él. Durante el viaje espacial había tenido suerte, pero no debía jugar con su buena estrella demasiado. Una excesiva intimidad con la chica podía llevarle a la perdición.

Pensó en Kanable y se sintió un poco culpable por haber pensado que le llamaría siempre cuando estuviera durmiendo. Kanable era el único que podía comunicarse con él. Ambos tenían un transmisor receptor intransferible. La comunicación instantánea

podía efectuarse mediante aquel minúsculo equipo usando al mismo tiempo la telepatía, implantada artificialmente. En caso contrario para salvar la distancia de cinco años luz sería preciso usar los contactos vía láser. La radio convencional tardaba cinco años en ir de un lado para otro. Y era además interferible.

Una comunicación semitelepática era segura. Pero sólo en Faye podía escucharle Kanable.

Se movió nerviosamente en la cama. Alargó la mano y apagó la luz. A solas con sus ideas se sintió angustiado. ¿Era el planeta, cuanto había visto hasta ahora? No sabía interpretarlo. Desde que bajó de la nave *Gantor* había sentido una sensación extraña al pisar aquella tierra lujurienta.

Parecía como si no fuera la primera vez que observara la vegetación densa de sus selvas, el cielo rosado del atardecer y la puesta de la estrella Cástor, brillando como un diamante blanco en el horizonte.

El mismo aroma que flotaba en el aire, oliendo a fresco y a verdor le parecía familiar.

Había estado en muchos mundos y se quedó dormido preguntándose en cuál de ellos había visto un duplicado de Lorgan.

* * *

Antes de subir al tractor que debía conducirle a las plantaciones, Lur-Ash le abordó. Tomándole de un brazo le condujo lejos de los demás. Su gesto parecía grave y sus ojos se movían vacilantes, acusando la resaca.

—Muchacho, estoy orgulloso de ti —le dijo con voz ronca—. Y lo estaré aún más, cuando consigas convencer de nuevo al Consejo para que no seas apartado del plan. La idea fue tuya, no debes abandonarla, dejar que otro se apropie de ella. ¿Imaginas quién pretende Mon-Kerte que sea tu sustituto?

Lachman asintió. Y permaneció callado.

—Sí, lo sabes —el viejo movió la cabeza dubitativamente—. Y no debías ir a la recolección.

—Mon-Kes me espera; me llamó esta mañana. ¿Es que iba a mostrarle miedo?

—Oh, no. Claro que no. Pero desconfía de él. Como bien sabes, Mon-Kes
desea desplazarte, aprovechar el fracaso del primer encuentro. Si todo saliera según tú proyectaste, su padre no podría continuar en el Consejo, presidiéndolo. Todo el mundo está olvidando tu origen. Ha costado mucho integrarte en las familias, y aunque siempre contaste con el apoyo de la mayoría de la familia Lur, sólo ahora los más enconados contrincantes tuyos han terminado cediendo.

—Temes que todo se venga abajo, ¿no?

—Claro que sí, que lo temo. Acabo de hablar con un emisario del Consejo. Se estableció nuevo contacto con nuestros enemigos y ellos van a contestar pronto fijando una nueva cita.

—¿Cuándo será?

—No estoy seguro, pero es posible que dentro de dos semanas.

—Estaré dispuesto para entonces.

El viejo le miró con recelo.

—¿De veras que estás bien, muchacho?

—Sí.

—Los fayenitas dijeron que habías sufrido un desequilibrio en tu memoria, que a veces no recuerdas cosas triviales.

—Sucede a veces, pero cada vez menos. —Lachman sonrió forzadamente—. Por ejemplo, ahora no sabría cómo ir a las plantaciones. Y no podré hacerlo si se cansan de esperarme y se largan sin mí.

Lur-Ash
soltó una carcajada.

—Esto está bueno. Y tampoco sabrás dónde tenemos la instalación de sintetización.

—Eso menos que nada —replicó Lachman riendo.

—Siempre me gustó tu buen humor; pero no se lo repitas a nadie porque podrían llegar a creerte.

—¿Sería terrible?

—Supondría tu eliminación en las sesiones del Consejo y de todo el proyecto. Tú lo sabes. Es algo que ningún miembro prominente de una familia podría olvidar. Ea, vamos. No pierdas más tiempo.

Lachman inclinó la cabeza saludando y corrió hacia el vehículo. Saltó sobre la cabina trasera. Otros lorganitas, hombres y mujeres, le gastaron bromas. Una chica pelirroja y robusta le entregó un

machete afilado, que él colocó a un todo del asiento.

Procuró hablar poco durante el trayecto, limitándose a asentir a veces y dar someras explicaciones a las preguntas que le hicieron acerca de su estancia en Faye. Luego la animación entre los ocupantes del tractor decayó y Lachman pudo recluirse en sus pensamientos.

Maldita sea, se dijo. Tenía que averiguar cuanto antes qué había en el pasado de Lur-Jol. Hasta ahora había tenido suerte porque no le habían hecho preguntas concisas. Lur-Jol tenía algo peor que una señal de nacimiento que los espías del Imperio no habían localizado: un misterio en su pasado que le estaba costando mucho esfuerzo disipar. Y no debió haberlo borrado del todo, muriendo precisamente cuando estaba a punto de llevar a cabo una empresa que le dirimiría para siempre.

Después de un pesado viaje de dos horas por la selva llegaron a unos amplios claros. Los árboles terminaban y al otro lado se divisaba una llanura donde el color amarillo-rojo predominaba. Allí estaban las plantaciones de hirita.

Lachman saltó del vehículo y al hacerlo la pesada pistola láser golpeó sobre su muslo. Blandió el machete. Era ligero, capaz de cortar un cabello que pillase en el aire.

Había otros tractores cerca y varios grupos se dirigían hacia las plantaciones. Escuchó que alguien le gritó:

—Eh, Lur-Jol.

Se volvió y vio al gigante Mon-Kes. En esta ocasión vestía un traje de ligera piel, con dibujos de colores, sus botas eran altas, llegándole más arriba de las rodillas. El casco de acero lo había cambiado por un gorro de fieltro, sobre el cual revoloteaban unas plumas rojas.

—Iremos a cortar por allí —le gritó Mon-Kes señalando hacia el este.

Lachman no vio a nadie por allí. En cambio la vegetación se espesaba. De reojo observó que algunos nativos se volvían ligeramente para mirarles, sus risas cesaron y de pronto cayó sobre el claro un silencio total.

—¿Por qué no? —Sonrió Lachman—. Cualquier sitio será bueno si tú lo eliges.

Su respuesta envaró a Mon-Kes. Esperó que Lachman llegara a su lado. Entonces se puso a caminar con rápidos pasos, alejándose los dos de los grupos que al final habían reanudado, aunque más lentamente, su marcha.

—Obviamente Leis-Sa no ha venido —susurró Mon-Kes sin mirarle.

—No la he visto hoy.

Escuchó una apagada risa.

—Lo imaginaba —dijo Mon-Kes.

Anduvieron durante dos o casi tres kilómetros y Mon-Kes empezó a mirar receloso hacia los lados. Y en una ocasión se detuvo para estudiar a su espalda.

Lachman estuvo tentado de preguntarle qué pasaba, pero en seguida pensó que si Mon-Kes estaba tratando de asustarle no estaba dispuesto a darle el placer de verle temeroso.

Torcieron hacia el norte, caminando entre los últimos árboles. Las plantaciones estaban cerca. Pero por allí no había nadie trabajando. De pronto Lachman notó que los ruidos del bosque habían cesado. El silencio era total.

Caminaron entre el comienzo de los largos tallos de hiritas y el bosque, así durante otro kilómetro más. El sol aún estaba alto y no hacía mucho calor. Lachman percibió ciertas ondulaciones extrañas en los matorrales próximos. Y sorprendió a

Mon-Kes
mirando hacia allí mientras su diestra estaba cerca del láser. La mano izquierda movía acompasadamente el machete.

Lachman sintió un ligero dolor de cabeza. Estaba seguro que cerca de ellos había alguna clase de peligro. Un peligro mortal, que estaba a punto de moverse, de mostrarse.

—¿Por qué vamos tan lejos? —preguntó no pudiendo reprimir su curiosidad.

Mon-Kes
aminoró la marcha y le miró con una mezcla de alarma y diversión.

—Cortar en zonas no preparadas es emocionante, hermano —dijo burlón—. No es la primera vez que hemos venido, ¿no? ¿Es que has olvidado los célebres retos entre nosotros? Claro que si aún no te sientes lo suficientemente recuperado podemos volver…

Unos arbustos situados ligeramente a la derecha de ellos se agitaron. Antes que la forma gris y brillante saltase, Lachman ya tenía empuñada su arma.

Mon-Kes
saltó hacia un lado apartándose.

Lachman supo en seguida a lo que se enfrentaba. Eran los predadores del bosque, que por aquella época del año acudían a los lindes para acechar a los cortadores y pequeños animales herbívoros que se aproximaban para mordisquear las puntas desechas de la hirita.

Era una masa de horror, llena de tentáculos rodeando una boca llena de agudos colmillos babeantes.

Se movía velozmente, pero Lachman disparó y acertó en el centro de las horribles mandíbulas. La bestia saltó herida, pero continuó acercándose a Lachman, aunque ya más lentamente.

Volvió a disparar y esta vez consiguió inmovilizarla. Pero aquello no había terminado. Como si la muerte del monstruo hubiera sido el toque de un clarín de ataque, de cada arbusto surgió un horror similar.

Lachman escuchó una risa torva de
Mon-Kes
, quien había empuñado su láser y disparaba contra los monstruos que se le acercaban. Pero estaba muy próximo de las primeras plantaciones y la mayor masa del ataque estaba dirigiéndose hacia

el agente.

Como en un torbellino cruzó la mente de Lachman una serie de datos, de conocimientos. El instinto de los murlos, aquellos monstruos, les decía que cerca de las hiritas podía estar la muerte. Los lorganitas solían montar trampas cerca de los tallos para contenerlos. Por eso desdeñaban atacar

Mon-Kes

y se dirigían en mayor número hacia Lachman, aún colocado bastante al interior del bosque.

Disparó contra dos monstruos que galopaban muy juntos hacia él. Ambos cayeron formando un amasijo de carne húmeda y tentáculos. Pero otros materialmente volaban. Después de abatir a uno más tuvo que usar su machete para destrozar la boca babeante de un murlo que intentó sorprenderle por la espalda.

Soltó una maldición cuando vio que

Mon-Kes

seguía retrocediendo entre los tallos. Y los murlos parecían olvidarse de su presencia. Los que le habían seguido volvían grupas y saltaban sobre los tentáculos para cercar al humano que se encontraba rezagado.

Lachman apoyó la espalda contra un grueso árbol. Con horror contó a más de quince murlos que formaban un semicírculo alrededor de él.

Mirando por encima de los monstruos observó a

Mon-Kes

Sólo tenía a un murlo enfrente, el cual mantenía alejado disparando descargas de su láser contra el suelo, provocando cortos incendios que provocaba espasmos en el ser tentacular, pero evitando matarle.

Propinó un machetazo a un murlo y disparó contra otro En el preciso instante que varios de ellos se contraían para saltar contra él y Lachman se dijo que aquel ataque iba a ser el definitivo, escuchó un chirrido horrible a su izquierda. Y casi medio segundo después un huracán de fuego eclosionó sobre la nauseabunda manada.

Fue un fuego devastador el que calcinó a los monstruos. En medio de una nube de denso humo, Lachman vio que dos o tres huían, perdiéndose en el bosque.

Cerró los ojos y cuando los abrió se encontró con

Leis-Sa
abrazándole. Llegaron otros hombres y en aquel momento vio que
Mon-Kes
abatía al murlo que hasta entonces había contenido.
Lur-Jol
,
Lur-Jol
—le susurró
Leis-Sa
—. Estás enfermo, muy enfermo. ¿Por qué aceptaste el reto de
Mon-Kes
para venir a esta zona aún no limpiada?

El miembro de la familia Mon se acercó a ellos, guardando su pistola y enfundando el machete. Los demás hombres dejaron paso.

—Tu amante está loco, querida
Leis-Sa
. Anduvo a mi lado por el peor sitio. ¡Y caminando de forma que atraía a los murlos! Su cabeza no funciona bien. ¿Cómo podemos confiar en un hombre así?
Leis-Sa
se apartó de Lachman y fulminó con la mirada al gigante.

—Ha podido morir —le escupió—. Esta prueba estaba en tablas —señaló los cadáveres de murlos esparcidos—. Mató a muchos más que tú pese a no estar en condiciones de luchar. Y si sabías que estaba mermado de facultades, ¿por qué no le ayudaste como exige el código de retos?

Lentamente,
Mon-Kes
señaló el último murió que había matado.

—Me tenía cercado, impidiéndome acudir en su ayuda. ¿Alguien duda de lo que digo? Estaba en mi derecho de proponer a
Lur-Jol
un juego y él aceptó. Si hubiera dicho que no deseaba participar, nadie le habría recriminado nada porque estaba excusado debido a su convalecencia.

Lachman se separó del árbol, guardó sus armas y dijo indiferente a
Mon-Kes

:
—Yo sabía a lo que me arriesgaba y a propósito provoqué que la mayor parte de los murlos me atacasen. Y creo que la competición no terminó en tablas como tú has dicho,
Leis-Sa
. He matado con mi machete a tres y más de ocho con el láser. ¿Cuántos ha matado
Mon-Kes
?

El miembro de la familia Mon palideció. Los hombres contaron sólo tres murlos, uno herido con machete y rematado con láser. La proporción era muy desigual. Se escucharon algunas risas, que callaron ante los movimientos enfurecidos de
Mon-Kes
.

—Reconozco que
Lur-Jol
me venció. Fue una competición limpia y así lo reconoce él públicamente. Ahora a recoger hirita.

—No —dijo
Leis-Sa
tajante—. El Consejo ha prohibido que
Lur-Jol
participe en la recolección.
Mon-Kes
la miró estupefacto.

—¿Lo confirma mi padre?

—Sí —dijo sonriente la chica—. Tu padre ha tenido que acceder a la mayoría del Consejo. Apenas se marchó
Lur-Jol
se recibió un mensaje. La cita queda concertada y debe ser celebrada dentro de ocho días.

—¡Ocho días! —exclamó
Mon-Kes
, palideciendo—. Habría que partir pasado mañana como más tarde. ¡Y
Lur-Jol
no está en condiciones!

—Irá él y yo le acompañaré —dijo con orgullo
Leis-Sa
—. Y creo que hay bastantes testigos de que este hombre está capacitado. Además, no habría tiempo de elegir a otro.

Se había congregado casi un centenar de cortadores. Algunos ya se habían adentrado en los bosques. Se escucharon descargas y el lanzallamas volvió a funcionar.
Leis-Sa
dijo a Lachman:

—Regresemos a la Aldea del Consejo. Mon-Kerte está dispuesto a recibirte.

CAPÍTULO V

Lachman se deslizó de la cama con cuidado. Se volvió y respiró aliviado.
Leis-Sa
seguía durmiendo profundamente. Se vistió y abrió la puerta. Después de cruzar el pasillo se encontró en el exterior de la pequeña casa situada a un centenar de metros de la Casa del Consejo.

El aire de la noche era fresco, aspiró profundamente y se alejó de los puntos de luz, refugiándose en un lugar oscuro. Todo estaba silencioso, cada familia en su hogar y los centinelas situados en las afueras.

—Kanable —susurró después de accionar el contacto—. Kanable.

—Te escucho,
Lur-Jol
—percibió la respuesta.

—Lamento haberle interrumpido el sueño; pero no he tenido otro momento. Ha sido un día agitado.

—No te preocupes. Te esperaba. Cuéntame.

—Lachman relató convulsamente lo sucedido.

Notó cierta demora en la respuesta de Kanable. Se alarmó. Iba a preguntar si seguía a la escucha cuando la voz del visitador le dijo:

—¿Qué es eso del reto?

—¿Me lo pregunta? Suponía que usted conoce todos los informes que recibí.

—No. Eso no lo sé. Además, no recibiste ningún dato acerca de esa extraña costumbre que al parecer tienen los lorganitas en los períodos de recolección. Es algo muy secreto entre ellos que nunca hemos podido averiguar.

Lachman frunció el ceño. La información subliminal actuaba de forma que cuando de presentaba la emergencia el dato saltaba del archivo inconsciente al consciente. Cuando caminaba al lado de

Mon-Kes
por el bosque y se presentaron los primeros murlos no se activó al instante la información, sino que pareció ser que provino de otra parte de su cerebro.

—¿Está seguro que no hay datos de ese ritual? —insistió.

—No los hay. Y me gustaría que me aclarases ese asunto.

—Las plantaciones de hirita están situadas entre los bosques, en grandes claros. Son zonas plagadas de peligros, de monstruos como los llamados murlos, tal vez los más horrendos. Cuando comienza la recolección se actúa en lugares donde previamente se han ahuyentado a los murlos.
Mon-Kes
me condujo a una zona aún no limpiada. Es lo normal cuando dos nativos se retan. Ambos han de trazar un sendero en los cultivos. Quien lo logre más extenso y cerca de los bosques es el ganador. ¿Comprende ahora el peligro que corrí?

—Pero te salvaste. Tuviste suerte.

—¿Usted cree?
Mon-Kes
se valió de mi ignorancia para colocarme en la situación más peligrosa. Creo que él percibió la presencia de los murlos mucho antes que yo e incluso se sintió un poco asombrado de que yo no me hubiese percatado. Apenas unos segundos antes del ataque sentí que podía morir y algo me dijo cómo debía disparar contra esos monstruos con efectividad.

—Es extraño —comentó Kanable al cabo de un rato.

—Es negligente por su parte, señor. Toda la misión ha corrido peligro. Y no sólo mi vida ante los murlos, sino que he podido ser descubierto. Aún me pregunto cómo
Mon-Kes
no se ha extrañado de mi ignorancia. Al parecer él y
Lur-Jol
se han retado muchas veces y la suma de los encuentros se halla en tablas.

—Debió pensar que a causa de tu accidente tus reflejos no estaban acondicionados.

Lachman gruñó.

—Es posible.

—Bien. Lo importante es ahora la cita. Aún no me has dicho cuando será y en que lugar, Y, sobre todo, la identidad de los otros.*

—
Leis-Sa
y yo partiremos dentro de una semana. Creo que usaremos una nave mejor que la que usó
Lur-Jol
. Aún no la he visto, pero será de un modelo de biplaza, que acaban de adquirir de contrabando. ¿Sabía usted señor, que en los establecimientos de Faye pululan miles de contrabandistas?

—Naturalmente. Los toleramos. Ellos suministran a los nativos armas. Las necesitan para defenderse de la hostilidad de las selvas y bosques que los rodean. Legalmente Faye no puede venderles armas.

—Y la Tierra, el Imperio Central, permanece al margen de todo, sin mancharse para nada. ¡Dioses, Kanable! Nunca he trabajado tan a ciegas como ahora.

—Lo estás haciendo muy bien. Si te complace puedo decirte que el Departamento te considera uno de sus mejores hombres.

—Sus palabras no me sirven. Sigo sintiéndome un mercenario.

—¿Por qué no naciste en la Tierra?

Lachman pegó un respingo.

—¿Conoce mi historial? —preguntó iracundo.

—Es mi obligación. Lo pedí cuando me interesé por ti para esta misión. Eras el hombre ideal.

—Entonces también sabe que aún no he logrado averiguar en qué cochino mundo nací ni quiénes fueron mis padres.

—Sí.

—Y es posible que sepa algo más.

—¿Por qué lo preguntas?

—Maldita sea, visitador. Durante años he intentado descubrir mi origen y siempre me he topado con muros infranqueables. Y es gracioso que yo, que tantas cosas he destapado, no haya conseguido saber algo que me concierne.

—Llegaste a la Tierra cuando tenías unos doce o trece años biológicos, después de haber permanecido en una cripta de hibernación en el espacio alrededor de unos tres o cuatro ¿De dónde

procedía esa cripta de salvación? No lo sabemos. Era de tipo estándar, muy corriente. Hay cien mundos al menos especulares. Por favor, Lachman, olvida eso ahora.

—Lo intentaré.

—Ahora dime el lugar donde será esa cita.

—Sólo sé que a diez años luz, pero no puedo precisar porque las instrucciones finales me las dará personalmente el Jefe Mon-Kerte el mismo día de la partida.

—¿Es que no se fía de ti?

—Mon-Kerte ha estado cordial conmigo esta tarde. Incluso sabiendo el incidente que sostuve con su hijo, me animó a la misión. Claro que antes me preguntó si me encontraba dispuesto física y moralmente. Cuando le respondí que si me pareció notar en sus ojos una nota de desilusión.

—El plan que parece entusiasmar tanto a los lorganitas es de Lur-Jol, pero a Mon-Kerte le habría gustado que la culminara su hijo Mon-Kes. ¿No?

—Sí, así es. Intuye que perderá la jefatura del Consejo, pero parece resignado.

—No te fíes de él, Lachman, quiero que te comuniques conmigo cuando te dirijas al encuentro con esa misteriosa nave.

—Lo intentaré. Nuestra nave no será muy grande y tendré que aprovechar cuando Leis-Sa duerma.

—¿Por qué te acompaña ella? ¿Para alegrarte la travesía?

—Oh, Kanable. No olvide que en Lorgan hombres y mujeres gozan de iguales privilegios y obligaciones. Ella es una buena navegante estelar, al igual que Lur-Jol.

—Espero que no desentones.

—¿Olvida que mi especialidad es precisamente la navegación estelar?

—Precisamente por eso te lo dije.

Lur-Jol

pudo haber aprendido tanto como tú. No te excedas en tus conocimientos.

Lachman le aseguró que serla precavido y se despidió del visitador.

Caminó en dirección a la casa cuando una sombra entró en un área de luz y vio que era
An-Dore
. El hombre tenía un aspecto agotado y estaba muy sucio. Lachman se detuvo delante de él.

Saludos hermano
An-Dore
—dijo—, ¿qué te sucede?
An-Dore
le respondió con el ritual y le miró a continuación con extrañeza.

—¿Qué aspecto voy a tener si regreso del centro de refinación?

Lachman parpadeó y se puso en guardia.
An-Dore
había estado trabajando en la sintetización de la hirita. Al parecer, era un trabajo duro, en el cual los hombres y las mujeres de las familias tenían que trabajar de forma rotativa. A él le habían excusado de tal labor, al igual que
Leis-Sa
, a causa de la inminencia de la partida de ambos al encuentro de la segunda cita.

—Estoy agotado, muchacho —sonrió
An-Dore
, flexionando la cintura—. No volveré allí hasta la semana próxima, que será la última. Por cierto, me han contado lo de esta mañana. ¿Cuándo terminaréis tú y
Mon-Kes
con ese estúpido juego?

—Cuando él quiera —dijo precavidamente Lachman.
An-Dore
movió la cabeza.

—Mira, muchacho, conmigo no vale fingir. Tú y yo hemos sido siempre buenos amigos, desde la infancia —le miró ceñudo—. ¿Recuerdas? Entonces eras un mozalbete y casi nadie quería estar a tu lado. Aún se recordaba mucho lo que pasó con tus padres.

También eras muy buen amigo de
Mon-Kes
. Los tres formábamos un trío muy unido. Cuando llegamos a adultos nos gustaba pasar los días en los establecimientos de las compañías comerciales de Faye. Allí había juego, mujeres y licores.

—Esta noche estás de recuerdos —dijo Lachman sin comprometerse.

—Vamos a meternos en una aventura peligrosa, muchacho —rió
An-Dore
—, en algo muy serio, que puede dar a Lorgan gloria… o muerte. Y todo debido a tus proyectos, a tus contactos con esos seres en los establecimientos. Bueno, al menos eso suponen todos, pero los tres sabemos que fue
Mon-Kes
quien forjó el plan. El plan del que tú te apropiaste porque
Mon-Kes
tuvo miedo a las responsabilidades como hijo del jefe del Consejo que era. Te lo cedió a ti, que nada tenías que perder.

»Fueron años de intensas gestiones, de nuevos contactos en los establecimientos, hasta que las autoridades de Faye detectaron la presencia de esos seres y tuvieron que largarse. Entonces se decidió acabar las negociaciones en el espacio, lejos de los espías de Faye y a cuya cita acudiste tú en solitario.

—¿Por qué vienes ahora con esto,
An-Dore
?

Por los dioses
Lur-Jol
. Cuando el plan fue aprobado,
Mon-Kes
se arrepintió de su cobardía. Pero ya era tarde para decir que él había sido su creador y quien tomó contacto con nuestros futuros aliados. Desde entonces te fue negando su amistad y te retó en la tala en cuantas ocasiones podía porque en este planeta los duelos fueron prohibidos hace un siglo.

—¿Qué sugieres,
An-Dore
? Estoy seguro de que estás proponiendo algo y no te atreves a

explicarlo…

—Bah Eso debes decidirlo tú. Las rencillas entre
Mon-Kes
y tú no conducirán a nada bueno. Las familias terminarán peleándose entre sí.

—¿Por qué?

—Olvídalo, amigo. Estoy muy cansado. Cuando vuelvas del encuentro debes tener mucho tacto. Puedes volver como un héroe y eso puede que
Mon-Kes
no lo tolere. En tus manos está el que volváis a ser amigos.

—Dime cómo.

—Eso debes de pensarlo tú. Ahora me largo a dormir, muchacho. Saludos, hermano.

—Adiós,
An-Dore
, que descanses.

Le vio alejarse, hundirse en las sombras. Con pasos lentos regresó a la casa. Entró en la habitación temiendo que
Leis-Sa
se hubiera despertado. Estaba cansado y no deseaba tener que dar explicaciones de su ausencia. Se desvistió y deslizóse bajo la sábana con cuidado.

La chica se agitó en sueños y luego permaneció quieta.

Lachman cerró los ojos, buscando el reparador sueño. Pero las palabras de
An-Dore
bullían en su mente. Si debía hacerle caso, el padre del proyecto era en realidad
Mon-Kes
, quien por cobardía o preocupación no quiso presentarlo al Consejo para su aprobación.
Lur-Jol
lo hizo y desde entonces la desconocida tara que sobre él pesaba parecía haberse difuminado. O al menos estaba a punto de lograrlo.
An-Dore
, de todas formas, le había dado sustanciosos informes. Tres nativos le habían entablado contacto con unos personajes en los

establecimientos de Faye. Entre licores y mujeres forjaron un plan arriesgado. Una idea que debía beneficiar, sin duda, a Lorgan. ¿Pero a quién perjudicaba?

Se sintió tentado de volver a llamar a Kanable, pedirle información. Los neujitas podían ser aquellos seres tal como se sospechaba. Hacia unos años, tal vez dos o tres, que el servicio de inteligencia del Imperio detecto la presencia de neujitas en Lorgan, mezclados con la abigarrada colonia procedente de cien mundos que la componían.

Pero los seres de Neuj desaparecieron antes de poderles echar mano. Entonces,
Lur-Jol
volvió a establecer contacto con ellos y ambas partes decidieron encontrarse en un lugar del espacio para ultimar detalles.

Había un plan forjado por un hombre y apoyado por todo un pueblo que nunca había visto con buenos ojos la presencia de los fayenitas en Lorgan. También existían unos aliados, que si resultaban ser los neujitas era previsible prever que la trama resultaría peligrosa.

Se quedó dormido lentamente. Pero entonces pesadillas ocuparon su mente y se despertó al día siguiente con dolor de cabeza, agotado psíquicamente.

* * *

Los días que siguieron fueron para Lachman un tormento. Presintió que cometía abundantes equivocaciones, pero no debieron resultar muy notables porque no advirtió dudas en sus interlocutores.

Volvió a entrevistarse con
Lur-Ash
. Se limitó a escucharle. Aprendió algo, pero no mucho. Por fortuna su plan debía ser profundamente conocido por aquellas personas con las que habló porque ninguna le pidió algún detalle que él no hubiera podido aclarar.
Leis-Sa
se ausentó dos días de la aldea del Consejo. Viajó al oeste, a reunirse con su propia familia. Los miembros de Leis eran numerosos y estaban trabajando duramente en sus propias

plantaciones. Ella le dijo que quería despedirse de sus padres y hermanos. Lachman ahogó un conato de celos cuando pensó que también podía ella tener allí algún hombre. Las costumbres de Lorgan eran todavía poco conocidas para él.

Durante la ausencia de
Leis-Sa
anduvo como aturdido, buscando siempre la soledad, en la que se sentía más seguro. Pero tuvo que asistir a una fiesta organizada por los Lur.
Lur-Ash
derrochó una pequeña fortuna en organizaría. Duró todo el día y toda la noche y todos acabaron borrachos. Lachman despertó en brazos de una chica que recordó le presentaron antes del anochecer.

Afortunadamente al día siguiente regresó
Leis-Sa
y se sintió más seguro. Hablaron del viaje y él le dijo que deseaba conocer la nave.

Entonces, por la expresión de asombro de
Leis-Sa
, comprendió que había cometido un error, aunque todavía no sabía de qué calibre. Ella dijo:

—Amor, es la que tú sugeriste que se comprara a los mercaderes, una biplaza adaptable a llevar dos pasajeros más, como está previsto si los aliados aceptan volver con nosotros.

—Perdona, pero tal vez lo había olvidado. Pero en seguida que esté en ella lo recordaré todo.

—No lo podrás recordar, porque será la primera vez que la veas.

—¿Entonces…?

—Tú la habías visto en la colonia de Faye y dijiste que sería ideal. Pero no llegó cuando partiste para la anterior cita y tuviste que usar otra más pequeña. Por eso no te acompañé.

Lachman dijo guturalmente:

—Quisiera verla, estudiarla. Eso quise decir.

Ella asintió, sin dejar de mirarle con extrañeza.

—Sí, claro. Iremos hoy mismo.

—Será lo mejor.

—Lógico. Mañana partiremos. Está en el farallón, bien escondida desde que nos la entregaron los comerciantes.

Capítulo VI

—Kent Lachman a James Kanable —susurró después de la usual contracción de los músculos del cuello.

Lachman atisbo por encima de su hombro. Estaba solo en el puente, pero temía que el sueño ligero de Leis-Sa, que dormía apenas tres metros detrás en el pequeño camarote, escuchase su voz queda.

—Te escucho, Lachman. ¿Por qué no me llamaste ayer? —preguntó ansiosamente Kanable.

—Me resultó imposible. No estuve un momento solo.

—Entiendo. Todo el día cambiando impresiones con los líderes y por la noche esa chica, ¿no?

Lachman percibió en el tono de voz de Kanable una ironía que le desagradó. Incluso replicó:

—Dejemos eso a un lado.

—¿Dónde estás?

—A punto de entrar en el hiperespacio. Hace dos horas que hemos escapado del campo de influencia de Cástor.

—¿Rumbo a la cita? Maldición, ¿qué esperas para darme la ubicación exacta del encuentro?

—Se la daré, pero si interviene ahora perderemos una gran ocasión para llegar al fondo del asunto —a continuación dijo los datos que pocas horas antes le había entregado personalmente Lur-Ash—. Y la otra parte está formada por seres de Neuj.

Tardó un instante en escuchar el comentario de Kanable.

—Lo suponía.

—No le resulta ninguna sorpresa.

—¿Qué pretenden los neujitas? ¿Por qué desean una alianza con Lorgan?

—Ojalá lo supiera exactamente.

Kent pensó que el viejo le mentía descaradamente. ¿Por qué no confiaba en él? En todas las misiones llevadas a cabo siempre supo con qué tenía que vérselas. Nunca le ocultaron nada en el Departamento Galáctico. Empero, ahora todo era misterioso para él. Se sintió furioso.

—Los lorganitas están terminando de recoger toda la hirita Y la han conducido a un lugar que aún desconozco, pero que Lur-Jol debería saber. Por suerte he conseguido sortear ese handicap.

—Esos malditos están tratando de evitar los envíos. Desde hace semanas no entregan nada en las factorías de Faye.

—¿Por qué? ¿Acaso piensan venderle la hirita a los neujitas?

—Eso podría ser la explicación. —Kanable hablaba nerviosamente, como si estuviera tocando un tema que no le gustara ahondar—. ¿Entonces deseas que no intervengamos por ahora?

—Sería una locura. Yo voy a terminar la alianza con los neujitas, visitador. —Lachman sintió la garganta reseca—. ¿Sabe lo que eso supone? ¡No conozco nada al respecto!

—Responde a todo que sí.

—Ojalá sea tan fácil. Si los neujitas están conformes, debo llevarles a Lorgan secretamente, y allí se entrevistarán con los miembros del Consejo.

—Escúchame bien, Lachman. Lo sensato es que te apoderes de esos neujitas y nos los traigas a Faye. Nosotros nos encargaríamos de hacer hablar a esos reptiles.

Lachman pensó inmediatamente en Leis-Sa. También tendría que hacerla prisionera a ella. Negó con la cabeza y dijo:

—No. Puedo enterarme de regreso a Lorgan lo que pasará. Desde allí les informaré.

—No me gusta esto, muchacho. Recuerda que puedes ser descubierto en cualquier momento.

—Entonces le haría caso, señor. Les llevaría los reptiles.

—¿Has visto alguna vez algún neujita, quiero decir frente a frente?

—Admito que no; sólo en las hologramas.

—Es suficiente para que comprendas que la convivencia con ellos es imposible. Me resisto a creer que los lorganitas deseen tanto su independencia que quieran ser aliados de Neuj.

—No quieren colonias en su planeta, señor. Son conscientes que su hirita es apreciable en la galaxia, pero les repugna que Faye monopolice la compra y a cambio les entregue material en desuso.

—¡Están locos! —estalló el visitador—. Nadie querría esa porquería excepto Faye…

Kanable calló súbitamente y Lachman no hizo pregunta alguna. Hubiera sido inútil. El viejo habíase dejado llevar por la ira y había hablado de más, pero no le daría la menor explicación.

—Tal vez Lorgan piense que con tan poderosos aliados, Faye, el Imperio y la Tierra les deje en paz. Ellos huyeron una vez, hace muchos siglos, de todo contacto humano. Quieren volver a sus viejas costumbres. A cambio de la hirita Neuj puede ofrecerles protección.

—Sólo cambiarían de dueño, y no a mejor precisamente.

—Pero eso deberíamos convencerles, lo cual lo veo difícil.

—Iré a Lorgan.

—¿Eh?

—Sí has oído bien. ¿Cuándo alcanzarás el punto de reunión? —Dentro de veinticuatro horas. Calculo que otros dos días más y estaremos de vuelta a Lorgan…, si no descubren el engaño.

—Yo podré arreglarlo todo para estar allí en menos de cuatro. Quizá tres días.

—¿Puedo saber para qué?

—El asunto está escapando de nuestras manos, Lachman. Llegaré a la zona cedida por Lorgan y Faye secretamente.

¿Cedida? Lachman sintió ganas de reír. Lorgan no había cedido ninguna zona a los humanos de Faye, que en realidad eran los lacayos del Imperio. Ellos las tomaron simplemente y las defenderían con sus poderosas armas. Y no se contentaron con eso, sino que llevaron a Lorgan miles de seres indeseables procedentes de los mundos de la galaxia. Se despidió de Kanable después de intercambiar algunos datos más sin importancia.

Siguió rumiando su despecho. Los fayenitas habían obligado a Lorgan a comerciar. Sencillamente les dijeron: queremos esto y a

cambio podemos daros esto y esto. Podemos ser amistosos enemigos o declararos la guerra, arrasando todo el gran continente.

Llegaron precedidos de sus naves armadas y se instalaron en la zona que eligieron. Luego esperaron los envíos de hirita. Los nativos no tuvieron otra alternativa que ceder y rumiar la humillación.

Lachman casi saltó de su asiento. ¿Qué estaba pensando? Divagaba y sacaba conclusiones como si fuera un lorganita.

Se mesó los cabellos, apartando brutalmente tales pensamientos.

Al volverse vio a Leis-Sa de pie bajo la puerta. Estaba desnuda. Se debió bajar de la litera hacía poco. Pero ¿cuánto tiempo? ¿Le había escuchado dialogar minutos antes con Kanable? No, no podía llevar allí tanto tiempo.

—Cariño, ¿sucede algo? —preguntó.

—No. Pensé preparar café para los dos. ¿Todo bien?

Lachman asintió.

—Sí. Vamos a entrar en el hiperespacio dentro de unos minutos.

Ella se apartó de la puerta y se retiró. Lachman la siguió con la mirada, quedándose inquieto. Había creído percibir en sus ojos algo extraño, un brillo desconocido hasta ahora

* * *

Se volvió para mirar a Leis-Sa. Era una experta navegante, como él. Ella llevaba ahora el peso de las operaciones de salida del hiperespacio.

—Estaremos en el espacio normal dentro de… —miró unos datos— veinte minutos. Confiemos que encontremos a la nave neujita.

Y giró la cabeza para mirar a Lachman.

Habían sido veinticuatro horas tensas, pensó Lachman mientras soportaba la fijeza de aquellos ojos profundos. No había vuelto a mantener otra conversación con Kanable. Estaba seguro de que la chica sospechaba algo o, lo que resultaría peor, le había oído mantener un extraño monólogo.

A pesar de las reducidas dimensiones de la nave, ella había encontrado casi siempre una excusa para mantenerse alejada de él. Incluso de forma elegante había provocado la situación de forma

que no durmieran juntos. Alegó que debía revisar el sistema de reciclaje primero y luego que el alojamiento de los neujitas necesitaba un arreglo.

—¿Por qué no van a estar esos reptiles en el lugar acordado? —preguntó Lachman sosteniendo estoicamente la mirada de
Leis-Sa
.

—Porque en su lugar podemos encontrar naves de Faye o del Imperio.

Así de sencillo ella le estaba pidiendo que podía mostrar sus cartas, que el juego había terminado.

—No estarán —replicó Lachman firmemente.

Ella sacó lentamente una pequeña pistola de su traje de vuelo.

—¿Quiénes no estarán? —preguntó.

—Las naves del Imperio, obviamente. Si los neujitas no han olvidado su cita, estarán ellos, nadie más.

—¿No vais a intervenir en ese momento?

—Tú lo has dicho, por el momento, no.

—¿Quién eres?

Lachman resopló. Había llegado el momento. En su carrera como agente a las órdenes del Departamento Galáctico había asumido diversas personalidades y nunca fue descubierto. Siempre se preguntó lo que sentiría llegado el instante en que la máscara le fuera arrebatada.

—Eso importa poco ya preciosa —dijo, mostrando una serenidad que le sorprendió—. Pero mi nombre es Kent Lachman. El resto, sintiéndolo mucho, no puedo decírtelo.

La pistola en las manos de ella tembló levemente.

—Eres un espía del Imperio —afirmó y él se encogió de hombros —. Te mataría si no hubieran decidido en el Consejo que debo llevarte vivo ante ellos.

—¿Has hablado con el Consejo?

—Lo hice aprovechando tu sueño.

—No tengo un sueño tan profundo.

—Te suministré una droga en la comida y salimos al espacio normal durante unos minutos.

—¿Entonces se ha desbaratado la cita?

—No. Quiero asegurarme de que nuestros enemigos no

intervendrán aún. Recogeré a los neujitas.

Lachman resopló:

—Realmente me quitas un peso de encima.

—No entiendo…

—Temía que llegara el momento en que los reptiles me hicieran algunas preguntas acerca del tratado con Lorgan. ¿Qué iba a responderle yo? Ahora estoy más tranquilo.

—Eres un sucio mercenario. Dioses, me cuesta trabajo seguir mirándote y no verte como Lur-Jol. ¡Cuánto me gustaría matarte!

—Sí, hicieron un buen trabajo, lo reconozco. ¿Cómo me has descubierto? —Rió—. Dudo que haya sido en la cama.

Ella enrojeció y apretó la pistola.

—Fueron varios detalles —dijo Leis-Sa—. El primero fue cuando dijiste que no conocías el modelo de la nave, por el cual estuvo Lur-Jol suspirando tanto tiempo. A partir de ahí te estuve observando con cuidado. Entonces todos tus gestos llegaban a mí falsos.

—¿Y a pesar de eso te has arriesgado a venir conmigo? —Tenía que asegurarme. Luego te descubrí hablando solo. Recuerdo que dijiste: «si el engaño no se descubre» más o menos entre otras cosas. Cuando estabas drogado descubrí la cicatriz bajo el cuero cabelludo por donde han debido injertarte el transmisor mental. Sentí deseos de tomar un cuchillo y sacártelo.

—Celebro que no lo hicieras. Unas manos inexpertas me habrían matado —sonrió Lachman inclinando la cabeza.

—Como vosotros habéis matado a Lur-Jol…

—¡Eh! La nave de Lur-Jol fue encontrada destrozada y él moribundo. No pudieron hacer nada.

—Nunca reconocieron su muerte. ¿Por qué? ¿Para ganar tiempo y preparar el doble? Además, ¿quién iba a atacar a Lur-Jol

?

—Claro que tú sólo puedes pensar que fueron los patrulleros de Faye, pero te equivocas. ¿Cómo podían saber dónde iba a emerger en el hiperespacio? Eso es totalmente imposible sin una exacta información.

Lur-Jol

salió del espacio normal, y allí mismo, sin darle tiempo a reaccionar, fue atacado. Luego los patrulleros lo hallaron. ¡Ellos no habrían atacado a una nave desconocida!

—Es posible que tú no le hayas matado, pero no puedes negar que eres culpable de suplantarle.

—Evidentemente, no puedo negarlo —dijo tirándose un pellizco.

—De buena gana te lanzaría al espacio. —Estás en tu derecho— señaló la pistola —y la fuerza. La acción de la muchacha le cogió desprevenido. La pistola disparó y Lachman sintió un dolor en el pecho. Antes de que comprendiese lo que había pasado,

Leis-Sa

dijo: —Esto no te matará. Es un dardo adormecedor. Te irá paralizando lentamente y así estarás unas diez horas. Quiero estar tranquila cuando lleguen los neujitas.

Lachman sintió un agarrotamiento súbito en los miembros. Conocía aquel arma y fue un imbécil al no haberla reconocido. Hubiera podido intentar desarmar a

Leis-Sa

sin correr el riesgo de ser atravesado por un láser. Ella le observó y dijo:

—Estás sintiendo los primeros síntomas. Dentro de unos pocos minutos quedarás totalmente inmóvil; pero podrás escuchar cuanto aquí se hable.

—¿Qué les dirás a los neujitas cuando me vean? ¿No se extrañarán que el hombre que inició las conversaciones de alianza se encuentre en semejante estado? —preguntó con esfuerzo.

—Ya lo tengo pensado; no te preocupes.

Lachman presintió que en breves instantes no podría seguir hablando. Sintiendo la garganta llena de sequedad, preguntó:

—¿Es cierto que fue

Mon-Kes

y no

Lur-Jol
quién proyectó el plan?
Leis-Sa
le miró sorprendida.

—¿Quién te lo dijo?

—
An-Dore
. Fue hace años, creo. Al no atreverse a proclamarse autor de la idea
Mon-Kes
,
Lur-Jol
se la apropió. Luego
Mon-Kes
se ha arrepentido mucho de su miedo a afrontar al Consejo.

La muchacha bajó el arma. Parecía confundida.

—
An-Dore
debía estar bebido. Siempre bebe cuando regresa de trabajar en los laboratorios de sintetización.

—No lo sabías, ¿eh? Al parecer ignoras muchas cosas. Por cierto, he oído hablar a menudo de la mancha que sobre la familia Lur pesa. ¿De qué se trata?

—¿Para qué deseas saberlo? Ya no va a servirte de nada. Tu superchería ha terminado. Aunque me matases y consiguieses volver a Lorgan, todo está terminado para ti. Tu rostro no te sirve de nada. Mis compañeros están enterados de todo.

—Así distraeremos el tiempo hasta que me quede convertido en estatua de sal.

—¿De sal? No te pasará nada y estarás bien dentro de unas horas…

—Olvídalo. Me refería a una antigua leyenda de la Tierra —rió Lachman con esfuerzo. Le producía un enorme dolor conseguir articular las palabras.

—Hace años, unos treinta, un hombre de los establecimientos comerciales de Faye en Lorgan se perdió en nuestras tierras. Los animales salvajes estuvieron a punto de devorarlo, pero una de nuestras mujeres,
Lur-Daya

, le salvó y le llevó a su aldea. Se enamoraron. El hermano de
Lur-Daya
era
Lur-Ash
, quien desde el primer momento se negó a tal unión Pero ella le desobedeció y vivió con ese extranjero, quien quiso complacer a los familiares de su amada intentando vivir como un nativo. De esa unión nacieron dos hijos gemelos,
Lur-Jol
y
Lur-Utam
.

»Las cosas no mejoraron y ambos chicos fueron odiados por las familias. El extranjero soportó muchos desprecios y un día dijo a su compañera que debían abandonar Lorgan, vivir en otro mundo menos hostil; él lo había intentado todo para ganarse el aprecio de los lorganitas y convertirse en uno más. Pero era inútil.

»Cuando el jefe de la familia Lur,
Lur-Ash
, se enteró de que su hermana pretendía marcharse del planeta con el hombre al que amaba y sus dos hijos se negó a ello. Incluso apresó al extranjero y lo encerró. Pero
Lur-Daya
le ayudó a escapar y llevándose a sus hijos se dirigieron a la zona colonial de Faye. Los familiares les persiguieron y apresaron a
Lur-Daya
y a
Lur-Jol
. El extranjero y el otro hijo lograron escapar, pese a que el primero fue herido gravemente.

»Aquí todo aparece ya confuso. No estamos seguros de si el extranjero y el otro hijo lograron alcanzar o no los establecimientos de Faye. Al menos sus restos no fueron encontrados en la selva, pese a que se les buscó durante muchas semanas.

»La madre regresó a la aldea con su hijo, y su hermano, en nombre del Consejo, la repudió.
Lur-Ash
hubiera matado allí mismo a su hermana por cuya causa había

perdido la oportunidad de convertirse en jefe del Consejo. En su lugar fue elegido Mon-Kerte, que aún sigue.

»
Lur-Daya
enfermó y nadie se preocupó de atenderla. Murió en poco tiempo y
Lur-Ash
, arrepentido tal vez, acogió en su casa al hijo desamparado, pensando que en el curso del tiempo las familias podrían olvidar algún día que
Lur-Jol
era sólo medio lorganita.

Los ojos de
Leis-Sa
se humedecieron. Movió la cabeza, enfadada por mostrarse delante de Lachman débil y añadió orgullosa:

—El comportamiento de
Lur-Jol
fue consiguiendo ganarse el aprecio de todas las familias, aunque siempre quedaban resquemores. No, no sabía que la idea era de
Mon-Kes
. Cuando
Lur-Jol
me la confió, yo le apoyé entusiasmada. Liberar a Lorgan de la tiranía de Faye y del Imperio gracias a un ambicioso proyecto de
Lur-Jol
podría rehabilitarle para siempre y la familia Lur volvería a gozar de su alta posición entre todas.
Lur-Ash
aún podía ser el jefe del Consejo.

»Me resisto a creer que
Lur-Jol
hubiera robado la idea de
Mon-Kes
, aunque esto puede explicar la súbita animadversión de éste hacia
Lur-Jol
. Sus constantes retos sorprendían a todos. Sí,
An-Dore
podría estar enterado de todo porque hubo un tiempo en que los

tres fueron inseparables y por deseos de aventuras se disfrazaban de colonos para introducirse en los lugares de diversión de la colonia Faye.

La chica alzó la mirada. Se levantó y se dirigió hasta ponerse al lado de Lachman. Le tocó. Estaba totalmente inmóvil. Apretó un botón del sillón y éste se deslizó hacia el fondo del puente, intercambiando su lugar ante los mandos con el otro.

—Tendrás que quedarte aquí, impostor —dijo torvamente—. Serás el invitado de piedra durante tres días.

Desde su inmovilidad, Lachman sólo pudo pensar que las cosas se le habían complicado hasta el más peligroso extremo de la escala.

CAPÍTULO VII

Kent Lachman sólo podía observar a Leis-Sa en su sillón de mando de reojo. Conocía bien los efectos del dardo adormecedor. Mientras estuviera bajo sus efectos no tendría ninguna necesidad biológica. Si ella le permitía recuperarse cuando pasaran los efectos apenas notaría un poco de sed y hambre.

Recordó que en una ocasión estuvo en semejante trance, pero entonces la dosis debió de ser muy pequeña porque sólo soportó un par de horas tal situación. Resultó una desagradable experiencia. ¡Y ahora estaría así más de diez horas! Y Leis-Sa seguramente le dispararía de nuevo cuando calculase que el poder de la droga iba a ser eliminada por la sangre. Y así hasta que regresaran a Lorgan, dos días más tarde como muy pronto.

Vio a Leis-Sa pasar por delante suyo, sin mirarle, y dirigirse a la esclusa. La había oído hablar con los neujitas. Aunque no lo había entendido todo, presumía que los seres reptiles iban a entrar en la nave. Al parecer, todo iba bien.

Minutos más tarde escuchó voces en la estancia cercana al puente. Leis-Sa entró seguida de dos figuras altas y delgadas, vestidas con largas ropas negras.

Pudo mirar bien a los neujitas desde su posición.

Era la primera vez que los tenía delante y de haber podido habría expresado su desaprobación. Los neujitas eran de aspecto repugnante, Sus cabezas largas y estrechas terminaban en una aguda boca con dientes pequeños y afilados, Sobre la inexistente

nariz se alzaban dos pares de ojos escarlatas, que podían mirar en distintas direcciones a la vez.

La piel escamosa verde-azulada relució bajo las luces del puente. Uno de ellos movió su capa y debajo de ella apareció un delgado brazo terminado en garras, que señaló a Lachman.

—¿Qué le pasa? —preguntó con voz gutural, como si procediese del estómago.

—Nada, Iichioh —replicó
Leis-Sa
roncamente—. Está enfermo. Sufre ataques de epilepsia lorganita. Para preservarle de los golpes debo mantenerlo en estado de total paralización. Pero puede vernos y oírnos. Se llama
Lur-Jol
y antes de caer en este trance me pidió que os saludara en su nombre.

El llamado Iichioh asintió con su enorme cabeza. Avanzó unos pasos hasta situarse delante de Lachman y dijo:

—
Lur-Jol
es el humano que se entrevistó conmigo en la ciudad de Faye en Lorgan; le recuerdo. Saludos,
Lur-Jol
. Espero que pronto podamos conversar y tomar vino, ese vino rico de los humanos.
Leis-Sa
demostró nerviosismo al mostrarles la salida del puente.

—Os mostraré vuestros camarotes. Como
Lur-Jol
no podrá moverse de su habitáculo puede ser usado por uno de vosotros y así estaréis más cómodos.

—No —dijo el otro neujita—. Preferimos estar juntos,
Leis-Sa
. Descansaremos un rato y luego vendremos a hacerte compañía unas horas. Y charlaremos de nuestros proyectos. La muchacha arrugó el ceño.

—¿Queda algún punto por discutir, Eelchit? Pensé que todo estaba claro.

—Se trata de vuestro acto de solidaridad.

Leis-Sa se mordió los labios.

—Eso sólo puede admitirlo el Consejo; pero no creo que se opongan.

Los neujitas saludaron de nuevo a Lachman y siguieron a Leis-Sa fuera del puente. Cuando la muchacha regresó al cabo de un rato, el agente la miró cuanto pudo. La encontró pensativa, como si todo no hubiera ido a la perfección con los seres de Neuj. En aquel momento le hubiera gustado disponer del habla, al menos, para hablarla.

Diez horas más tarde, Leis-Sa le puso una nueva dosis de la droga, cuando Lachman precisamente estaba empezando a notar que sus músculos volvían a responderle. Y había empezado a notar su cuerpo casi dos horas antes de lo previsto. Si, efectivamente, la droga perdía su poder con dosis sucesivas y Leis-Sa ignoraba aquello… Aún quedaba una pequeña posibilidad de escapar.

Vio pasar por delante de él a los neujitas, que se acomodaron en los otros sillones del puente y cambiaron impresiones con Leis-Sa, cuando ella verificaba la marcha de la nave por el hiperespacio. Luego, cuando la chica se retiraba a descansar, los alienígenas se quedaban allí algunas veces, pero entonces dialogaban en su sibilante lengua y Lachman no podía entenderles nada.

La tercera dosis la recibió Lachman cuando casi ya disponía totalmente de su control. Leis-Sa tendría que darle una cuarta y entonces sucedería cuando ya hubiesen salido del hiperespacio y estuvieran a punto de entrar en la atmósfera de Lorgan. Entonces sería el momento, pensó.

Al parecer, el encuentro con la nave de Neuj se había producido sin ningún inconveniente, lo cual indicaba que James Kanable había decidido no interferir por el momento. Lachman se preguntó qué estaría pensando el visitador respecto a su silencio. Ni siquiera

durante el último instante en que estuvo un poco liberado de la droga pudo contraer el cuello para activar el comunicador. De todas formas, tal cosa habría servido de poco. Sólo hubiera escuchado las preguntas ansiosas de Kanable, queriendo saber por qué él no respondía.

Al menos podía dormitar en aquel estado y Lachman lo hizo varias veces, cuando consiguió hacerlo con los párpados alzados.

De repente sintió que todo el cuerpo le picaba. Movió los dedos después de asegurarse de que estaba solo. Luego las piernas le indicaron que podía levantarse. Los brazos también los hizo desviar un poco hacia los lados. Tal como había esperado, la droga había desaparecido, después de la última dosis, apenas a las seis horas.
Leis-Sa
había cometido el error de pensar en suministrársela siempre en los mismos plazos.

Ahora sólo tendría que esperar el momento adecuado.

Se arriesgó a girar la cabeza para estudiar el panel de mandos. Aunque estaba muy lejos de él, pudo apreciar que se encontraban a punto de emerger en el espacio normal. Entonces.
Leis-Sa
no tardaría mucho en aparecer en el puente. Si al menos los neujitas se quedasen en sus camarotes…

La chica entró y Lachman vio alarmado que llevaba una nueva dosis en la mano. Se quedó mirándole y él sintió el sudor correrle por el rostro.
Leis-Sa
iba a drogarle mucho antes de lo que él había supuesto. Tal vez ella pensaba que debía estar tranquila durante el descanso, no preocuparse por su prisionero.

Lachman no lo pensó un segundo más y se levantó. La sorpresa de
Leis-Sa
fue enorme, pero antes de que se repusiera él la golpeó en el cuello y la tomó entre sus brazos mientras caía.

Luego cerró la puerta del camarote, antes de que los neujitas apareciesen, como pensaban hacerlo, para presenciar desde allí el descenso.

Aseguró a

Leis-Sa
en el sillón situado junto al que él iba a usar para pilotar. Le puso las manos cerca del cuerpo y luego la ató con los cinturones. Ella no podría moverse en absoluto. Hubiera podido usar la droga que yacía en el suelo, pero desistió de ello. Dirigiría la nave hacia los establecimientos de Faye, en donde estarían antes de dos horas No quería llegar allí con la chica convertida en una linda estatua.

Lachman actuó justo a tiempo para efectuar las maniobras manuales para sacar la nave del hiperespacio. Luego, descendiendo sobre Lorgan a velocidad cada vez más reducida resopló un poco aliviado.

Aún tuvo tiempo de elegir un nuevo rumbo. El computador le entregó los datos para conducir la nave hacia el sur del continente Allí las autoridades fayenitas disponían de un buen campo de aterrizaje. Y si Kanable había cumplido con su palabra, le estaría esperando.

Confiaba en que le iba a llevar suficientes pruebas para que el Departamento Galáctico del Imperio suministrase a la Marca de los Gemelos las instrucciones precisas para abortar el complot entre Lorgan y Neuj.

Al volverse vio que la chica había recobrado el conocimiento y le miraba furiosa.

—Debí haberte matado —masculló, haciendo inútiles esfuerzos por liberarse de los cinturones.

—Me he preguntado varias veces por qué no lo hiciste, preciosa —rió Lachman, sintiéndose muy contento pese a todo—. ¿Tal vez porque recordaste que lo pasaste muy bien conmigo en la cama, cuando creías que era el verdadero
Lur-Jol
quién te hacía gozar?

En seguida se arrepintió de haber dicho aquello. Pero ya era tarde. Los ojos de
Leis-Sa
relucieron, le escupió unas maldiciones y se hundió, abatida, en el sillón.

La puerta del puente que comunicaba con las estancias de la nave fue golpeada al mismo tiempo que el zumbador sonaba insistentemente.

Lachman tomó el comunicador interno y dijo:

—Es inútil que intenten entrar, señores. Por supuesto, no vamos a ir a las aldeas, sino que van a tener una distraída entrevista con las autoridades de Faye en Lorgan. Por lo tanto, les ruego que no hagan mucho ruido durante el poco tiempo que nos queda de viaje.

En seguida se preguntó por qué era tan estúpido. Debió haberse callado, decir alguna mentira que hubiera mantenido a los neujitas apartados de aquella puerta sin que supieran que iban a ser apresados.

Pensó que debía tratarse de la saturación que padecía de drogas en su organismo. Su mente estaba afectada y no discurría con lógica. Pero ya era tarde. De todas formas, esos reptiles no podrían hacer nada separados de él por una puerta de acero de veinte centímetros.

Pero podían saltar al espacio, aunque allí encontrasen la muerte segura, ya que los trajes espaciales estaban al otro lado del puente, detrás de la puerta de la derecha y junto a la exclusa de salida principal. Los neujitas podían utilizar la salida de emergencia nada más y no podían ser tan locos como para pensar en utilizarla.

Miró varias veces a
Leis-Sa
, pero ella evitaba volver la cara. Le hubiera gustado decirle que ella no tendría nada que temer, que él se ocuparía de que las autoridades de Faye no formulasen cargos en su contra. ¡Qué disparate!, pensó en seguida. ¿Qué podía hacer él? Una vez que le ofreciese en bandeja a Kanable aquel triunfo sería éste quien tomase las decisiones. A él le devolverían a la Tierra, en donde le esperaría una nueva misión después de un breve descanso. Y tal vez un rostro nuevo, otra personalidad.

Observó el rostro reflejado en el bruñido acero. Aquel rostro parecía encajar con su personalidad. Pensó que alguna vez, hacía tiempo, lo había usado, pero no conseguía recordar cuándo ni para qué.

Su oficio era una maldición en la que se metió cuando le ofrecieron un empleo. Entonces era un muchacho sin hogar dependiendo del estado en un planeta mísero gobernado por el Imperio. Había usado tantos disfraces que ya no recordaba cuál había sido su aspecto original, pero de todas formas el actual rostro

seguía pareciéndole familiar. Así lo había pensado la primera vez, en la nave de Kanable, en Faye, apenas los cirujanos le quitaron las vendas y pudo mirarse a un espejo.

Se apartó del reflejo del acero y se concentró en las operaciones de descenso. Pronto entrarían en la atmósfera navegarían un rato por ella y descenderían hacia el sur del continente. Parecía que todo iba a acabar muy fácil. Demasiado fácil, decidió.

* * *

Lachman siguió la marcha de la nave por el señalizador automático, observando el trazado electrónico de la superficie del planeta. La silueta luminosa, según el convertidor, le mostraba aún el enorme océano de Lorgan. El continente iba a aparecer de un momento a otro.

—Lur-Jol fue siempre un muchacho introvertido —dijo mirando a Leis-Sa, que por un momento pareció prestarle atención—. Pero antes de perder a su hermano debió de ser un chico alegre, pese a que sentía sobre sí la marginación de los que él creía compatriotas, ¿no es cierto?

—¿Qué sabes tú de eso? —le increpó la chica despectivamente. Luego, después de suspirar, añadió—: Yo me enamoré de él muy joven, cuando él solamente contaba con dos amigos: An-Dore y Mon-Kes.

Lachman parpadeó. Sí, aquello era cierto. Leis-Sa tenía razón. ¿Por qué se aventuraba él a catalogar a Lur-Jol? ¿Qué sabía de sus años juveniles, cuando se vio solo después de que sus padres intentasen huir de Lorgan? Porque aquello fue una fuga, huir del ambiente hostil.

Movió la cabeza. Desde hacía unos días extrañas ideas bullían en su mente, era como si su personalidad fuera desdoblada por una

fuerza desconocida. Prestó atención a la puerta de acero. Los neujitas estaban muy pacíficos desde que él les anunció, temerariamente, que la situación a bordo de la nave había cambiado radicalmente.

Tomó el micrófono interior y dijo:

—Vamos a descender dentro de breves instantes Les recomiendo que se sujeten a sus literas y permanezcan quietos.

Colgó el aparato y en aquel mismo momento escuchó un gran estrépito en la puerta de la derecha. Y en seguida notó, que el acero de ésta estaba tornándose rojo. Comprendió lo que estaba pasando. Los neujitas habían pasado al otro lado de la nave. Seguramente habían encontrado los trajes de vacío de emergencia, habían salido al exterior de la nave y entrado por la exclusa principal. Ahora los tenía detrás de la frágil puerta, a la que disparaban con sus armas con la intención de derretirla.

Lachman puso el piloto automático. Si sobrevolaban el área de Faye siempre podrían regresar allí una vez normalizada la situación. Lo arregló para cuando de nuevo se introdujeran en el océano la nave girase y regresara.

Saltó del sillón y miró ansiosamente por el puente, buscando un arma. Miró una alacena cerrada con llave, pero utilizando una herramienta saltó la cerradura. Dentro encontró un láser y varias cargas, además de un soldador.

Miró ambas cosas, guardó el láser y amartilló el soldador, colocando su potencia al máximo. Era mejor aquello que el láser, el cual en unas reducidas dimensiones como era el puente podía ocasionar graves e irreparables daños.

La puerta seguía adquiriendo un tono rojo, hasta que empezó a ser blanco. De un momento a otro iba a saltar en pedazos, derramando acero derretido por todas parles. Con la otra mano cogió el extintor, mientras con la derecha seguía aferrando el soldador. Calculó que su llama alcanzaría casi los tres metros, aunque al ser utilizada al máximo no iba a durar muchos segundos.

Se echó a un lado y miró con temor a
Leis-Sa
. Temió que aquellos reptiles irrumpieran disparando y ella resultase alcanzada. Pero no podía hacer nada. De todas formas, giró su sillón de forma que la ocultase y detuviese al menos el

primer disparo del láser.

La puerta chorreó metal derretido y Lachman retrocedió a causa del calor. Era demasiado para él, pero los reptiles podrían soportar la elevada temperatura. Trató de mirar entre el humo, pero no vio nada.

El metal líquido corrió por el pavimento y Lachman usó el extintor. El puente se llenó de vapor y en aquel momento dos figuras emergieron entre el humo. Escuchó los silbidos de los láseres enemigos al ser disparados. Se agachó y apretó el bolón del soldador. La llama azulada se dirigió hacia la puerta derruida, llegando incluso hasta el otro lado del estrecho pasillo. Supo que no había alcanzado a ninguno de los dos neujitas, pero éstos dejaron de disparar.

En distancias cortas, el soldador, con su amplio trazo de fuego, era un arma más mortífera que un láser. Siguió arrojando llamas y se acercó a la puerta. Escuchó pisadas al correr sobre el suelo de metal.

Cuando se atrevió a mirar por el marco, apenas pudo ver dos capas negras moverse en el aire. Luego escuchó el seco chasquido de una puerta al cerrarse. Los neujitas debían haberse metido en la cámara de la esclusa.

Lachman no se atrevió a seguirles. Desde allí activó el cierre de la otra puerta de seguridad, que descendió del techo, cayendo con sonoro golpe contra el suelo. Redujo la potencia del soldador y disparó una carga sobre ella, soldándola. Pensó que para salir de la nave iba a tener que destrozarla, pero al menos contendría a los neujitas al otro lado el tiempo que precisaban para alcanzar los establecimientos de Faye, que ya debían de estar cerca.

Volvió al puente, resoplando. Todo estaba lleno de humo y aceleró el sistema de ventilación. Cuando el ambiente se aclaró vio con horror que los disparos de los neujitas habían alcanzado el panel de mando.

Leis-Sa
le miraba triunfadora.

—Ahora no podrás llegar al astropuerto de los invasores fayenitas —dijo con mordaz entonación.

Después de comprobar que los daños eran irreparables en tan corto espacio de tiempo, Lachman comentó:

—Desgraciadamente, temo que ninguno podrá salir con vida de esto —esperó la reacción de la chica, pero ella seguía sonriéndole, como si precisamente fuera aquello lo que más deseaba en el mundo—. Vaya, al parecer no te importa que nos estrellemos.

—Eso espero; así no podrás entregar a los tuyos ninguna clase de pruebas.

Lachman asintió. Ella tenía razón. El sistema de comunicación también estaba destrozado. Ni siquiera podría explicar por radio o visófono a Kanable lo que estaba ocurriendo. Pero aún le quedaba un recurso. Movió los músculos del cuello y esperó inútilmente que la conexión quedase establecida.

Después de llamar varias veces a Kanable se dio por vencido y dirigió su mirada a
Leis-Sa
, pidiéndole explicaciones.

Ella rió.

—Existe un perturbador en esta sala que te impedirá sostener una comunicación electromental con quien sea. Kent Lachman —dijo—. Lo instalé apenas te paralicé. Tú no podías verme. Está en algún lugar, pero dudo que tengas tiempo de descubrirlo.
Leis-Sa
volvía a decir la verdad. ¿Cómo perder el tiempo intentando saber dónde podía estar algo tan pequeño como un perturbador de corto alcance, pero con energía suficiente para impedirle usar el comunicador alojado en su cerebro? La nave, sin rumbo, caía hacia la superficie de Lorgan a gran velocidad.

Se sentó delante de los deteriorados mandos. Los sistemas manuales aún funcionaban y tal vez podría descender, pero tenía que hacerlo pronto. Lo primero era conseguir que la nave perdiese velocidad.

Movió unos botones y se sintió golpeado contra el sillón al entrar en acción los desaceleradores. Lo había hecho con demasiada violencia, pero pensó que los neujitas en la cámara lo podían haber pasado peor y aquello le alegró. Ojalá se hubieran aplastado.

La nave voló a menos de cuatrocientos kilómetros por hora, casi planeando. El visor exterior aún funcionaba e interpretó sus líneas brillantes como una densa selva que se deslizaba debajo de ellos. Creyó ver un claro y se dirigió hacia él.

Volvió a reducir velocidad. Ya no podría enderezar la nave, que caería sin remedio. Súbitamente recordó que en la cámara de la exclusa había un equipo de salvación. Era un flotador individual, ¿lo verían los neujitas y uno de ellos al menos saltaría a tiempo? Sólo podía escapar uno. El otro quedaría aplastado en el aterrizaje.

Decidió olvidarse de ellos por el momento y puso sus cinco sentidos en la operación. Estaban a menos de cien metros del suelo cuando se arriesgó a poner en funcionamiento los tubos de descenso, sin saber exactamente lo que tenía bajo sus pies.

La nave botó, volvió a caer y se deslizó unos metros, para volver a elevarse, caer y entonces se detuvo.

Lachman sintió todo el cuerpo dolorido. Echó un vistazo a Leis-Sa. La chica parecía bien. Respiró tranquilo, pero en seguida, después de escuchar el rugido de las entrañas de la nave, pensó que no podía perder ni un segundo. La pila de plasma se había averiado y aquello podía saltar por los aires en cualquier momento.

Desató a Leis-Sa y la levantó. Ella parecía un poco aturdida, pero se dejó conducir por él. Salieron al pasillo y Lachman usó el soldador para destrozar la puerta que había inutilizado poco antes. No ofreció mucha resistencia.

Al enfrentarse a la cámara dudó un instante, preguntándose qué podría encontrar al otro lado. ¿Neujitas muertos o esperándole para atacar?

Volvió a escuchar el rugido de la pila y movió los dispositivos de apertura resueltamente, con el láser preparado después de arrojar a un lado el soldador, ya casi vacío.

Dentro de la cámara no había nadie, y la compuerta de la esclusa estaba abierta. Los neujitas habían saltado al aire mientras caían o se habían apresurado a salir al exterior apenas la nave se detuvo en el calvero.

Saltó fuera de la nave que yacía inclinada sobre un suelo carbonizado. Sin soltar a Leis-Sa corrió hacia adelante, saltó del calvero y penetró en el bosque. Siguió corriendo. Se oyó una tremenda explosión y se arrojó al

suelo protegiendo a
Leis-Sa
con su cuerpo cuando la onda expansiva azotó los enormes árboles. Centenares de arbustos fueron arrancados y volaron sobre sus cabezas.

—Vamos —dijo Lachman haciendo que la chica se pusiese en pie —. La radiación puede cubrir en pocos segundos un buen trecho.

Ella se deshizo de su mano y siguió corriendo por entre la espesura. Lachman la siguió. Se escuchó una nueva explosión, pero ésta más débil.

Media hora más tarde se detuvieron para recuperar el aliento. Lachman se reclinó sobre un árbol y miró a la chica.

—Bien. Creo que tú sabrás dónde estamos. Ambos estamos ahora metidos en esto y por un momento podríamos olvidar nuestras diferencias.

—Si piensas que voy a ayudarte, estás loco —rió
Leis-Sa
nerviosamente—. Estamos en plena selva y aquí, no durare.

Lachman miró aprensivo a su alrededor. Ella decía la verdad. La jungla lorganita era una trampa mortal. Sólo un grupo bien adiestrado podría tener alguna posibilidad de salir con vida de allí, siempre que la civilización no estuviese a más de dos jornadas de marcha. Y ellos no sabían a qué distancia de ella se hallaban.

Y para colmo, los neujitas podían estar cerca. Después de lanzar un juramento, Lachman dijo a
Leis-Sa
:

—Como quieras. Yo me dirigiré hacia el sur. Puedes venir conmigo si lo deseas. Si lo haces, te protegeré; pero no pienso llevarte a la fuerza.

Capítulo VIII

Antes que el grito de
Leis-Sa
terminase, Lachman se había girado y disparó.

El láser destrozó al monstruo en el aire, mientras saltaba desde el árbol hacia ellos. Cayó pesadamente sobre las hojas, se debatió un instante y luego permaneció quieto. En seguida acudieron sobre su cuerpo rugoso millones de insectos saltarines, parecidos a hormigas.

Aquel lugar podía convertirse en algo extremadamente peligroso a causa de los insectos. Por el momento se contentaban con la carne inmóvil y fresca, pero luego, cuando fuesen millones, buscarían con hambre incluso las criaturas que se moviesen.

Lachman lo explicó rápidamente a
Leis-Sa
, instándola a alejarse de allí cuanto antes. Mientras abría camino entre la maleza no percibió la mirada confusa de ella.

—¿Cómo conoces las particularidades de nuestra fauna? —preguntó ella al cabo de un rato.

El hombre se giró un poco para mirarla, ceñudo. Masculló algo y dijo entre dientes:

—No sé qué insinúas. Tal vez me lo enseñaron mis jefes hipnóticamente, pero sabía que no era así. Sencillamente lo sabía, como si tal conocimiento estuviera bullendo en su mente desde siempre y no desde hacía unos días cuando le informaron de cuantos conocimientos estaban al alcance del Departamento respecto a Lorgan.

Sabía que apenas habían avanzado unos tres o cuatro kilómetros en casi dos horas y ya habían estado dos veces a punto de morir bajo las garras de aquel monstruo que Lachman acababa de matar o entre los tentáculos del árbol de carne.

Seguían caminando hacia el sur, cada vez más desanimados Los establecimientos de Faye debían estar a más de doscientos kilómetros, pero algunas aldeas nativas podían encontrarse más cerca, con sólo dirigirse ligeramente al este.
Leis-Sa
había sugerido que debían ir hacia allí, pero lo hizo consciente que Lachman no le haría caso, y él era quien disponía del único arma, sin la cual ya hubiera perecido dentro de aquella jungla mortal.

De pronto Lachman hizo un gesto a
Leis-Sa
para que se detuviese y guardase silencio. Ella le interrogó con la mirada y él replicó:

—Nos sigue algún depredador —pero Lachman presentía que los leves ruidos a sus espaldas estaban producidos por un bípedo, algo que vestía capa negra y estaba armado como él: uno de los neujitas.

Sólo le seguía uno de los reptiles humanoides. Entonces el otro debió haber muerto. Aquella presencia podía ser más peligrosa que los ocultos animales del contorno.

—No oigo nada —replicó
Leis-Sa
reemprendiendo el camino. Lachman la siguió, volviéndose de vez en cuando para mirar hacia atrás. Pero ellos producían muchos ruidos en el avance, sobre todo
Leis-Sa
. Y a ella no podía decirle que el neujita les seguía, lo que significaría que se encontrase con dos enemigos en lugar de uno oculto.

Los árboles empezaron a clarear y el avance se hizo un poco más rápido. En una ocasión se detuvieron y pegaron contra el tronco húmedo de un árbol enorme cuando una manada de bestias parecidas a los elefantes terrestres cruzaron delante de ellos con gran estruendo.

—Son herbívoros, pensó Lachman. No nos causarán daño.
Leis-Sa
le dirigió una nueva mirada de sorpresa, que aumentó al verle tan tranquilo. Si no se movían, aquellos mastodontes no les prestarían atención.

—Los ringloos impresionan a cualquiera que no sepa que son

pacíficos. ¿También sabías tú eso?

Lachman se limitó a asentir y empujarla suavemente para que siguiera adelante.

Tropezó con una raíz y aquello le salvó la vida. Un trazo de fuego silbó sobre su cabeza y chamuscó un árbol cercano. Terminó de tumbarse sobre las hojas secas y se volvió rodando. Apenas llegó a notar que unas ramas se movían. Apuntó hacia allí pero no disparó. El agresor había tenido tiempo de cambiar de sitio.

Miró a Leis-Sa. Estaba muy quieta. Por su expresión Lachman entendió que ella había comprendido que uno o los dos neujitas estaban cerca.

Lachman maldijo su posición. Estaba en un claro, a merced de su enemigo, quien pudo haberse deslizado hacia un lado u otro y estar ahora apuntándole tranquilamente.

Podía utilizar a Leis-Sa como escudo, con la esperanza que el reptil no disparase por temor a herirla, pero el pensar que tal acción era abominable y que al neujita podía importarle poco la seguridad de su aliada le hizo desechar tal idea.

Lentamente se incorporó y procuró estar lejos de Leis-Sa. Por nada del mundo quería que ella resultase herida. Empezó a sudar copiosamente, esperando en cualquier momento que el dardo del láser le atravesase.

—¡Lur-Jol, detrás tuyo!

Ahora el grito de la mujer sí había llegado a tiempo. Se revolvió y saltó a un lado. El brillante trazo dio a menos de medio metro de sus botas e incendió unos matorrales. Pero había conseguido identificar el lugar de donde partió. Disparó contra aquella dirección y en seguida tuvo la certeza que no había dado con el blanco.

Luego miró a Leis-Sa, expresándole silenciosamente su agradecimiento. Ella volvió la

cara, rehuyendo encontrarse con sus ojos.

Descubrió un rugoso árbol y corrió hacia él. Había un hueco donde se refugió. Con sorpresa vio que Leis-Sa se puso a su lado, acurrucándose a su lado.

—Estás loca. A ti no te hará nada —rezongó mirando ansiosamente los árboles que le rodeaban.

Todavía quedaban cerca algunos mastodontes, remolones a abandonar el claro. Lanzaban estridentes graznidos, quizá molestos por los deslumbradores destellos de los lásers.

—Gracias por haberme avisado. Me gustaría saber por qué lo hiciste.

—Te vi como a Lur-Jol —replicó ella mordiéndose el labio superior.

Pero Lachman levó en sus ojos brillantes que no era sólo por eso.

Aquel lugar era bastante bueno para permanecer oculto… siempre que el neujita no les hubiera visto correr hacia allí. Entonces él podría tomar una posición idónea para dispararles a placer sin mostrar un sólo centímetro cuadrado de su persona.

Atisbo por su derecha. Vio moverse los arbustos y el neujita se mostró a unos sesenta metros. La posición de Lachman le impedía sacar la mano armada para disparar antes de conseguir un blanco adecuado, él tenía que exponerse a ser descubierto antes por su contrincante.

Pero si el neujita seguía avanzando entonces le tendría a tiro, sin que Lachman pudiese disparar antes. El reptil seguía avanzando, mirando a un lado y otro, como si por medio de su fino olfato les estuviera localizando.

Al otro lado estaban los mastodontes, moviéndose nerviosamente. Estaban a la izquierda y hacia allí Lachman podía disparar, provocar la furia de los enormes animales. Movió muy despacio el arma y apuntó hacia las ramas que se mecían al viento encima de las bestias.

Hizo dos disparos, las ramas prendieron y el fuego hizo bramar a los mastodontes. Volvieron grupas y sus pezuñas hicieron trepidar, estremecer el suelo al cruzar de nuevo el calvero.

Había más de dos docenas de bestias, que a su paso enloquecido

derribaron pequeños árboles, arrasándolo todo.
Y en medio estaba el atónito neujita. Cuando quiso correr era tarde. En medio de un sibilante grito cayó en medio de toneladas de carne.
Cuando se alejaron los ringloos, la pareja salió del escondite
Leis-Sa
se acercó al cadáver con una expresión de repugnancia en su rostro. Muy pálida se volvió hacia Lachman y dijo:
—Era Eelchit.
—¿Y…?
—El otro, Iichioh, era el jefe de la misión.
Iba a preguntarle si ella sabía dónde podía estar el superviviente neujita cuando la muchacha se echó a sus brazos, sollozando estremecida.
Lachman la acogió con un nudo en la garganta. Era a él a quien abrazaba, a Kent Lachman o quien fuese, no a
Lur-Jol
.

* * *

—Si Eelchit se salvó, el otro debe vivir. Iichioh era el jefe, gozaba de una jerarquía muy importante entre los neujitas. Cualquier inferior estaba obligado a sacrificarse por su integridad —explicó
Leis-Sa
—. Eso quiere decir que vive, que está en alguna parte.
Lachman miró de nuevo la selva con intranquilidad. La jungla quedaba detrás de ellos, que ahora caminaban sobre una llanura salpicada de diminutos árboles rosados. El terreno era un campo de cultivo de hirita, ya recolectado.
—Al menos no está cerca —comentó Lachman.
—No, no lo creo.
Lachman pegó un puntapié a un guijarro.
—Pero hemos debido equivocarnos de camino y estamos en la región de los cultivos más al sur. Los lorganitas no pueden estar lejos. Mira.
Señaló unos montones de hirita, dispuestos para ser cargados. Más allá descubrieron un sendero con claros indicios de ruedas de

camiones.

Llegaron hasta el montón de hirita. Cerca se veían otras pilas. Lachman tomó un tallo y lo quebró. Entre sus dedos se escurrió la verde savia.

—Todo esto a causa de esto, del maldito producto que sintetizan en las Grutas Grises los lorganitas.

—Por los dioses, Lachman. ¿Cómo…?, ¿cómo puedes saber eso?

—Siempre lo supe, creo —replicó furioso Lachman porque la verdad era que él no podía hallar la verdadera respuesta.
Leis-Sa
le miró con estupor.

—¿Quién eres realmente? Ese conocimiento no pudieron insertarlo en tu mente los médicos que te dieron la apariencia de
Lur-Jol
porque nadie, aparte de los nacidos en Lorgan lo revelarían. Y hasta el más miserable lorganita no lo revelaría, aunque lo matasen dolorosamente.

Lachman se llevó las manos a la cara. Le dolía la cabeza. Estaba padeciendo aquel dolor desde que saltaron de las ruinas de la nave. Tal vez tuviese un poco de fiebre o fuese otra cosa peor. Pero estaba inmunizado contra las enfermedades de Lorgan. No era algo físico, sino mental.

Cuando apartó las manos de la cara vio que un vehículo se aproximaba por el sendero. Por un segundo pensó echar a correr, refugiarse de nuevo en la selva aún no muy lejana. Pero habían permanecido allí dos terribles días, siempre huyendo de los innumerables peligros que pululaban en ella.

Estaba terriblemente cansado. No quería ni podía huir.

Dejó que el vehículo se acercase. Se detuvo a una docena de metros de ellos y una figura saltó ágilmente.

Era
Mon-Kes
. Tenía un arma en su mano derecha y apuntó con ella a Lachman, quien miró por encima de los hombros del nativo y descubrió a dos hombres más dentro del vehículo, que también armados le vigilaban.

—Sólo porque el Consejo desea conocer al hombre que ha suplantado a

Lur-Jol
me impide matarte aquí mismo —le escupió
Mon-Kes
—. Me siento sucio al recordar que admití tu reto. Un lorganita sólo puede medir su templanza con un lorganita.
Miró a
Leis-Sa
.
—Gracias a los dioses sigues viva,
Leis-Sa
—añadió—. Pensé que este perro te mataría en la huida.
—¿Cómo has averiguado que estábamos aquí? —preguntó la chica.
—Exactamente no podíamos saber dónde; pero llevamos rastreando los alrededores dos días, desde que localizamos las ruinas de la nave y al lado al emisario de Neuj, Iichioh, quien nos lo contó todo.
Lachman apretó los labios. Estaba seguro que sólo un neujita les seguía. El otro se quedó junto a las llamas de la nave. El fuerte destello de la explosión y la posterior emanación radiactiva era un magnífico reclamo para que los vehículos aéreos y terrestres acudiesen. A prudencial distancia pudo haber permanecido, esperando el socorro.
Del coche bajó un hombre que se acercó a Lachman y después de desarmarle le ató las manos a la espalda.
—Temí que mi mensaje desde el espacio no fuese captado —susurró
Leis-Sa
, empezando a caminar junto a
Mon-Kes
hacia el vehículo.
—Lo captamos y en seguida nos pusimos alerta. Apenas nos quedan por recoger unas toneladas de hirita —dijo
Mon-Kes
—. Antes que termine el día estará toda almacenada y dispuesta.
Ella le miró.
—¿Entonces el Consejo está dispuesto a cumplir con el deseo de los neujitas que sellará nuestra alianza?

—No hay más remedio. El consejo, con Mon-Kerte, mi padre a la cabeza, dará la orden hoy mismo. El delegado de Neuj espera en la aldea del Consejo. Allí se celebrará hoy una interesante reunión —rió.

—Te veo muy alegre.

—No es para menos. Nuestros enemigos están perdiendo la serenidad,
Leis-Sa
. Ayer llegó sin avisar una nave a la aldea del Consejo procedente de los establecimientos de Faye. Y en ella vino un alto personaje, al parecer, del Imperio, pero con poder sobre Faye.

Lachman estaba siendo empujado al interior del vehículo cuando se detuvo un poco para escuchar aquello.
Mon-Kes
agregó:

—Creo que se trata de un visitador plenipotenciario, llamado James Kanable, el cual ha pretendido ser un héroe presentándose solo y desarmado ante nosotros. ¡Hemos conseguido un rehén de categoría sin mover un dedo! ¿Sabes lo que esto significa? —Ante la negativa de
Leis-Sa
,
Mon-Kes
siguió—: Que nuestros enemigos son conscientes que tienen perdida la partida, que el plan largamente proyectado saldrá a las mil maravillas.

—Tu plan,
Mon-Kes
—le dijo ella lentamente.
Mon-Kes
se envaró, pero reaccionó rápidamente y dijo antes de cerrar la puerta del vehículo:

—Sí, creo que será el momento de que los lorganitas sepan a quién deberán agradecer que nuestro suelo se vea libre para siempre de extranjeros.

Mientras ella se acomodaba, inquirió indiferente:

—¿Te creerá alguien? ¿No piensas que algunos llegarán a la conclusión que pretendes apropiarte de la idea de

Lur-Jol
ahora que éste no puede rebatir tu pretensión?

—Tengo un testigo que lo confirmará —replicó
Mon-Kes
, ahora con sequedad, como si en aquel instante no quisiera hablar del tema.
Leis-Sa
inclinó la barbilla, el vehículo se puso en marcha y sólo entonces dirigió una mirada a Lachman, percibiendo en ella que el impostor tensaba sus músculos del cuello. Estaba en el fondo del coche y el hombre que él vigilaba no parecía haberse dado cuenta de nada; pero ella sabía que Lachman estaba en comunicación, aunque no podía saber con quién.

Ni por un momento pasó por su mente decirle a
Mon-Kes
que el prisionero estaba hablando, aunque nadie le oyese. Y también escuchando.

El vehículo avanzaba velozmente por el sendero. Se cruzaron con otros similares, cargados de hombres.
Mon-Kes
les saludó con la mano a su paso y luego, volviéndose hacia ella, dijo rebosante de excitación:

—Los extranjeros tendrán que abandonar las instalaciones para siempre,
Leis-Sa
. Y nosotros adquiriremos naves armas a Neuj a cambio de la hirita. Esos perros de Faye nos la pagaban miserablemente. ¡Y debe ser muy importante cuando quieren que nadie que no sea ellos la monopolicen! Así llevan muchos años, demasiados.

Después de un momento de exaltación, agregó, en medio de risas nerviosas:

—Si trabajamos duro, en poco tiempo podremos prescindir de la protección de los neujitas, tendremos nuestras flotas para que la galaxia respete el nombre de Lorgan. Somos los suficientes para mantener nuestros ejércitos. Claro que el sistema político actual tendrá que ser modificado. ¿Sabes que no es lógico que el poder esté tan repartido? Pienso que el Consejo debería limitarse a los asuntos económicos, dejando las decisiones políticas a manos de

hombres cualificados.

Ella le miró como si estuviera viéndole por primera vez. Le asustaba la vehemencia de Mon-Kes, el brillo fanático de sus ojos. Sintió un gélido miedo y reprimió un temblor incipiente.

—¿Por qué llegó sólo ese extranjero? —preguntó para impedir que Mon-Kes siguiera con sus alteradas frases.

—Quiere hablar al Consejo.

—¿Se hará así?

—Es posible. Mi padre no quiere, pero los otros líderes, tercos ellos, insisten en que se le debe escuchar. Bah. De todas formas se le mantendrá como prisionero, y luego… Luego ya veremos qué hacemos con él, cuando los fayenitas corran con el rabo entre las piernas y las flotas de Neuj les impidan acercar sus morros por este planeta.

Leis-Sa ya no sintió deseos de hablar más. Tenía que pensar.

No quedaba mucho tiempo.

Hablaría con An-Dore y aquel borracho tendría que explicarle muchas cosas.

CAPÍTULO IX

La aldea del Consejo era un hervidero. Una enardecida multitud rodeó el vehículo. Sabía que dentro estaba el hombre que había suplantado a
Lur-Jol
y sólo con la intervención de un centenar de hombres armados, casi todos pertenecientes a la familia Mon, y fuertemente armados con porras y fusiles, impidió que Lachman fuese linchado.

Antes de entrar en la casa del Consejo, Lachman vio que fuera de la aldea estaba una pequeña nave aérea. Seguramente en ella había llegado el visitador.

Mientras era empujado por los pasillos, Lachman se sentía desamparado y lleno de amargura. Durante el viaje en el coche había intentado ponerse en comunicación mental con Kanable, pero el viejo no respondía. ¿Qué demonios le pasaba? Y debía estar cerca, muy cerca.

Vio a
Leis-Sa
bajar del coche, pero no le siguió.
Mon-Kes
, ayudado por tres hombres seguía empujándole. Le hicieron bajar unas escaleras y Lachman notó la humedad del sótano. Los peldaños eran resbaladizos y en una ocasión estuvo a punto de caer.

Alguien abrió una pesada puerta de madera protegida por hierros forjados y de un puntapié le lanzaron al interior.

Lachman se arrodilló para incorporarse, mientras le cerraban la puerta. Dentro de la celda había una tenue luz, producida por una lámpara de aceite suspendida del techo.

Probó a desatar sus ligaduras. Pero las cuerdas eran fuertes. Entonces sintió que unas manos comenzaban a desatarle.

Miró por encima de su hombro y vio a James Ganable.

Hola, muchacho —dijo el viejo, sonriéndole tristemente—. Has entrado tan violentamente que no me has visto sentado ahí en el fondo, meditando sobre mi funesto presente. Ea, ya está. Eran unos nudos muy prietos.

Lachman se restregó las muñecas para activar la circulación.

—¿Por qué no respondió a mis llamadas, visitador? —preguntó Lachman mientras probaba la consistencia de la puerta.

—¿Y me lo preguntas? Durante tres días intenté hablarte. Eras tú quien no me respondía. Entonces me dirigí hacia aquí. ¿Era aventurado pensar que te habían liquidado?

Lachman movió la cabeza. Tenía que explicarle a Kanable lo que había sucedido a bordo de la nave.

—¿Para qué me servía el comunicador mental? —Siguió diciendo el viejo—. A bordo del crucero que me ha traído a Lorgan pedí a mi cirujano que lo cambiase —sonrió ladinamente—. Fue un buen cambio, ¿sabes? Sólo servía para hablar contigo y pensé que ya no iba a servirme. Pero me alegro que sigas vivo, muchacho.

—No creo que sea por mucho tiempo. Todo está perdido.

El viejo alzó las manos y negó con la cabeza.

—Nunca está todo perdido hasta el final.

—¿Por qué ha cometido la locura de venir aquí y solo?

—¿Es que llegando con una escolta poderosa hubiera arreglado las cosas? —preguntó irónicamente—. Vamos, sé sensato. Esta gente ha reunido toda la producción de este año de hirita en algún lugar secreto. Aunque no lo hayan manifestado, al menor indicio de fuerza la habrían destruido.

—¿Qué pasa con la hirita? Si al menos supiera para qué sirve…

—Para mantener la paz en la galaxia, muchacho, para que esos sucios reptiles de Neuj no salgan de su madriguera.

—Para eso está la Marca defendida por Faye.

—Exacto. Y Faye sucumbiría en menos de seis meses al faltar la hirita. Ven, siéntate a mi lado. Este camastro nos servirá. Pienso que es el momento que lo sepas todo. Si morimos el secreto no saldrá de ti y si salimos con vida creo que debemos empezar a confiar en ti.

Lachman hizo lo que le indicó, mientras pensaba que de poco iba a servirle saber algo que había estado intentando averiguar por su cuenta.

—El Imperio forjado por la Tierra encontró su más tenaz

enemigo en los habitantes de Alfa del León, en los mundos por ellos llamados Neuj. Al principio hubo escaramuzas, pero más tarde fueron guerras totales.

—Conozco esa historia —farfulló Lachman, un poco decepcionado.

—Conoces lo que todo el mundo. La Tierra venció pírricamente a Neuj y los reptiles se refugiaron una vez más en sus mundos; pero allí se prepararon para una nueva ofensiva.

»Entonces ya existía en Lorgan una colonia autónoma de humanos, que hace siglos huyeron de la Tierra a causa de sus creencias religiosas y políticas. Al mismo tiempo, el Imperio propició la colonización de Faye, en Pólux. Quería crear una especie de tapón que impidiese la salida de los neujitas de sus mundos y se internasen en la galaxia, en donde difícilmente podían ser vencidos.

»Mientras una flota de Neuj se dirigía una vez más a la Tierra, otra más pequeña atacó a Faye. Las defensas aún no estaban ultimadas y el planeta estuvo a punto de desaparecer, pero fue bombardeado con productos químicos. Entonces ya vivían allí cientos de millones de humanos, muchos de ellos llevados casi a la fuerza después de prometerles un mundo placentero para vivir, que debían ganar con las armas.

»El Imperio estaba alerta y reaccionó a tiempo. La flota incursora de Neuj fue destruida y las naves imperiales consiguieron salvar a Faye del cerco, haciendo retroceder a los restos de la armada neujita a su redil.

»El tapón había demostrado, empero, su eficacia, pese a que las defensas no estaban terminadas. Cuando el poder defensivo estuviese listo, los neujitas quedarían confinados para siempre en su sistema solar.

»Pero se descubrió que pese a ser derrotados, los neujitas habían alcanzado una victoria vital. Habían inundado Faye de un virus mortal, de efecto retardado, para el cual no se conocía antídoto alguno. Toda la numerosa población de Faye estaba condenada a morir en unos meses.

»Se trabajó contra reloj y todos los laboratorios del Imperio intentaron localizar el antídoto que debía salvar a Faye, y con él la seguridad para siempre de la Tierra y el Imperio. Si Faye caía, se desmoronaba, los neujitas serían los dueños de la única salida.

Serían incontenibles, y a la larga la galaxia sería de ellos.

—Debieron encontrar la solución —dijo Lachman—, desde luego. Esa guerra ocurrió hace muchos años y Faye ha progresado mucho y ahora son más de dos mil millones de seres los que allí viven.

—Sí, se halló el remedio. Fue en Lorgan. Una nave sufrió una avería. En ella viajaban algunos fayenitas condenados a morir por el virus mortal de Neuj, aunque ellos aún no lo sabían. La enfermedad estaba en sus entrañas, pero sin mostrar su mortandad. Mientras esperaban ayuda en Lorgan les faltaron los víveres. Los nativos entonces no eran muy celosos de su aislamiento y les entregaron provisiones. Y entre la comida había un licor hecho con hirita, al que ellos apenas daban importancia.

»Cuando esos hombres volvieron a Faye y contaron que habían estado en el misterioso Lorgan, los médicos les inspeccionaron. Con asombro comprobaron que el virus había sido vencido. La hirita, en su estado más burdo, había vencido la enfermedad que debía manifestarse cruelmente dentro de unas semanas ya tan sólo.

»Rápidamente, después de una precipitada investigación, la Tierra ordenó que se consiguiese toda la hirita posible. Pero ésta sólo sirve una vez sintetizada, según un proceso secreto que sólo los lorganitas conocen. Se adquirió toda la existencia que había en Lorgan, por la que se pagó espléndidamente. Creo que los nativos accedieron por dos motivos. Uno porque ansiaban las baratijas que les ofrecieron y el segundo porque los fayenitas les insinuaron que en caso contrario estaban dispuestos a arrasar todo el planeta.

»Faye se salvó y todos sus millones de habitantes, que nunca supieron que habían estado a punto de morir en breve plazo. Pero el planeta estaba saturado del virus, el cual no cedería en su virulencia hasta pasados dos o tres siglos más. Mientras tanto, si quería la Tierra disponer de una defensa eficaz contra Neuj, tenía que continuar suministrando a los fayenitas hirita sintetizada, incluida secretamente en la dieta, en el agua potable.

»Tú has tomado hirita en Faye sin saberlo, Lachman, al igual que yo, aunque en mi caso si sabía que me estaba defendiendo de la enfermedad dueña de Faye, latente en cada brizna de su más humilde hierba.

Lachman asintió.

—Sí, lo que me dice explica todo. Pero la hirita sólo sirve para mantener vivo a Faye, hasta que el virus muera por sí solo. ¿Para qué la desea Neuj?

—Porque Neuj ha debido llegar al fondo de la cuestión, conocer el secreto. Sabe que los lorganitas lo ignoran, pero que éstos están hartos de la presencia de los extranjeros en sus tierras. Los han adulado durante años, prometiéndoles comprar las cosechas de hirita a mayor precio, entregarles armas modernas y naves en abundancia. Faye precisa de las dos cosechas anuales de Lorgan. Ahora ambas cosechas están en Lorgan. Si dentro de seis meses no llegan a Faye se producirá la mayor mortandad colectiva de la historia de la humanidad. Dos mil millones de seres humanos morirán en unos diez o doce días. La enfermedad se presentará inesperadamente y llegará el caos. Neuj verá desaparecer la muralla que lo confina en su sistema planetario y el camino hacia el corazón del Imperio estará libre para ellos. Será el fin, muchacho.

—Creo que la Tierra se equivocó en su política respecto a Lorgan —dijo ásperamente Lachman—. Si querían conseguir hirita no debieron humillar a sus habitantes, convirtiéndolos en agricultores a la fuerza, imponiéndoles unos establecimientos comerciales que odian, unas relaciones que no desean.

—¿Qué habrías hecho tú?

—Creo que al menos le habría contado la verdad al Consejo, darles cuanto quisiesen a cambio de la hirita. Los lorganitas, aunque no quieran reconocerlo, inconscientemente saben que son descendientes de terrestres. No podrían olvidar a sus viejos hermanos en favor de esos monstruos de Neuj. Nunca habrían pactado con ellos.

—No sé qué decirte. El momento era grave y todo debía hacerse con mucho secreto. ¿Tú habrías consentido ir a Faye para vivir allí sabiendo que tu existencia dependía de la llegada semestral de hirita procesada y que beberías en el agua y comerías con los alimentos?

—Oh, no me salga con eso. No estoy en contra de ocultar la verdad a los fayenitas, pero con los lorganitas se debió haber empleado otra política más limpia.

Kanable le miró fijamente. Dijo mesuradamente:

—Hablas como un lorganita despechado.

Lachman se envaró y percibió en los ojos de Kanable un extraño destello de ansiedad, como si el viejo hubiera estado esperando aquel momento desde hacía mucho tiempo. Permaneció callado, confundido.

—Mejor dicho, como medio lorganita —agregó el viejo. Y sonrió.

* * *

Leis-Sa
se había alejado de la casa del Consejo y anduvo entre la abigarrada y exaltada multitud. Nunca había estado aquel lugar tan atestado de gente. Habían llegado de todas partes y hasta la más modesta familia estaba allí representada por la mayor parte de sus miembros.

El griterío era ensordecedor, se lanzaban maldiciones contra Faye y el Imperio, se reía cuando se nombraba a Neuj y todos parecían contentos, seguros que pronto iban a echar al mar a los habitantes de los establecimientos comerciales de Faye.

Hastiada,
Leis-Sa
se alejó de la aldea. Pasó cerca de la nave aérea con matrícula de Faye posada en el claro que rodeaba la aldea. Algunos hombres y mujeres la custodiaban, alejando a los chiquillos que intentaban acercarse a ella, llenos de curiosidad y animosidad al mismo tiempo. Algunos timaban piedras que rebotaban contra el fuselaje y salían corriendo, seguidos de recriminaciones de los velantes.

Se apartó del vehículo aéreo. Cerca había infinidad de vehículos en los que habían llegado a la aldea las lamillas. La noticia de que iban a producirse importantes acontecimientos había paralizado la vida totalmente en los alrededores y todo el mundo quería estar cerca de la casa del Consejo, conocer en seguida lo que iba a pasar allí cuando el estúpido emisario de la Tierra le hablase. Además de esto se había añadido el descubrimiento de que
Lur-Jol
que había partido al espacio para traer a Lorgan a los neujitas era en realidad un espía de la Tierra.

Se había dicho que el impostor moriría pronto, pero antes el Consejo quería interrogarle y dictar una sentencia legal contra él.

Luego sería entregado al pueblo. Y entonces podía suceder cualquier cosa.

Caminó hasta el viejo campo de navíos estelares, dominando sus deseos de darse un buen baño. Le habían dicho que allí encontraría a
An-Dore
. Aquel tipo amigo de ella pese a todo, algunas veces le irritaba, sobre todo cuando abusaba de la bebida.
An-Dore
había enseñado a pilotar naves estelares a
Lur-Jol
y a
Mon-Kes
, además de a ella. La conocía bien. Fue de los primeros en volar en los viejos trastos que los fayenitas les entregaron cuando empezaron los intercambios comerciales.
Leis-Sa
se detuvo, sintiendo de repente en su cuerpo todo el cansancio acumulado en muchas horas. Pero estaba cerca de los cobertizos bajo los cuales las medianas naves se resguardaban de la estrella Cástor. Los lorganitas sólo habían dispuesto de naves de poco tonelaje y poco cambio de acción, nunca mayores de diez pasajeros. No vio a nadie cerca de los cobertizos, pero descubrió una figura junto a uno de los tractores que se encargaban de poner en la pista de despegue a las naves. Siguió caminando y en seguida supo que se trataba de
An-Dore
, vistiendo un sucio mono y llevándose a los labios el gollete de una botella larga y oscura.

—Hola —saludó
Leis-Sa
, prescindiendo del ritual acostumbrado entre los lorganitas.
An-Dore
se volvió para mirarla, enrojeció un poco y trato de ocultar la botella detrás del asiento del tractor.

—Hola preciosa. Antes que me olvide tengo que felicitarte Tú fuiste quien descubrió a ese falso
Lur-Jol

. Fuiste muy lista y arriesgaste tu lindo pellejo vanas veces —se encogió de hombros y volvió a tomar la botella, diciendo—: A tu salud. Y también a la de
Lur-Jol
, el auténtico, el que murió en misión.

—Estás borracho —le recriminó
Leis-Sa
con desagrado.

—¿Y que? Desde que supe que
Lur-Jol
no vivía, estoy así, ¿sabes?

—Tú le apreciabas mucho.

—A los dos. Quería a los dos. Mientras todo el mundo despreciaba a los hermanos, yo jugaba con ellos y les animaba. Pero sólo uno de ellos resistió. El otro maldito huyó con su padre, se largó del planeta.

—Se dice que murieron.

—¡Qué va! Yo vi cómo embarcaban y se largaban. Pero el padre estaba enfermo o herido, no sé.

—
Leis-Sa
miró las naves sumergidas en las sombras.

—¿Qué haces aquí?

—Amargarme la existencia yo mismo —bebió otro trago—. Tenía una duda y vine para convencerme de que estaba equivocado, pero desgraciadamente no ha sido así.

La muchacha vio que una nave tenía echada la rampa. La señaló.

—¿Has estado ahí dentro? Es la nave de la familia Mon, la que siempre usó
Mon-Kes
.

El borracho asintió vigorosamente.

—Exacto. Fue usada hace un mes aproximadamente. Sé quien subió a bordo alegando que quería unos sistemas giroscópicos y que sólo se alejaría unos millones de kilómetros de Lorgan, pero no fue así. Estoy seguro, porque lo he comprobado, que navegó por el hiperespacio, a más de tres años luz.

—Sigue.

An-Dore
.

—No, no quiero seguir. Por eso bebo. Todo el mundo me ha defraudado. Yo me alegré cuando
Lur-Jol
, o quien sea, volvió. Entonces ya tenía mis sospechas y juro que me puse muy contento de haberme equivocado, ¿sabes? Aunque había sido atacado cuando emergió del hiperespacio, todo el mundo decía que fueron patrulleros de Faye. Pero
Lur-Jol
estaba muerto y un maldito bastardo ocupaba su lugar, engañándonos a todos, incluso a ti en la cama —la miró con insolencia y
Leis-Sa
sostuvo aquellos ojos enrojecidos por el alcohol—. De nuevo volvieron mis sospechas. Y cuando radiaste que habías inmovilizado al falso
Lur-Jol
mi cabeza estalló. Vine aquí y he pasado tres días comprobándolo todo.

—Esa nave salió secretamente y atacó a alguien, ¿verdad?

—Así es. Es la única que dispone de cañones láser, la única en Lorgan excepto las que disponen los fayenitas en sus colonias. Y por los dioses que esos láseres fueron disparados.
Leis-Sa
empezó a volverse y
An-Dore
le gritó:

—¿Qué piensas hacer? Porque tú sospechas como yo…

CAPÍTULO X

Lachman pensó que los lorganitas tenían prisa. Condujeron a Kanable y a él al Consejo, una sala semicircular con un centenar de sillones que ocupaban los líderes de las familias. En el centro estaba en solitario el llamado Mon-Kerte, de imponente aspecto y orgullosa mirada.

Fue situado delante de la pequeña grada, al lado de Kanable. Descubrió a la derecha una figura casi oculta por una capa negra, estática. Sin duda debía ser el neujita, pensó.

El jefe del Consejo, Mon-Kerte, pidió enfáticamente a Kanable que hablase, que expusiera delante de los miembros su intención, los motivos que le habían llevado hasta las tierras de los lorganitas, sin ser invitado.

Kanable habló largamente. Usó conceptos que sonaron a los oídos de Lachman como ridículos, extraños en aquel recinto. Vio sonrisas divertidas en muchos miembros del Consejo. Otros empezaban a dar muestras de cansancio.

El visitador sugirió que las relaciones de Lorgan con Faye, con el Imperio y la Tierra podían mejorarse, que a cambio de las entregas de hirita los nativos podían elegir mercancías que precisaban y los montos serían mayores. Sobre todo, insistió Kanable, la paz debía ser mantenida. Hizo unas alusiones a los peligros que podían correr los lorganitas si llevaban a cabo alianzas con razas belicosas. Entonces Kanable miró insistentemente hacia el neujita y en la sala estallaron murmullos de protesta.

—El extranjero ha hablado —dijo Mon-Kerte alzando las manos para exigir silencio—. Yo, en nombre del Consejo, decido que sea encerrado hasta que la situación permita determinar su futuro. Se le considera enemigo de Lorgan. Probablemente sea tratado como prisionero de guerra.

Los murmullos de aprobación siguieron a las palabras de Mon-

Kerte. Lachman desvió la mirada hacia el sitio del anfiteatro ocupado por el líder
Lur-Ash
. Desde que entró allí el viejo le miraba con insistencia, como si se resistiera a creer que él no era su sobrino
Lur-Jol
.

Kanable fue llevado hasta el fondo de la sala, flanqueado por dos guardias, que le obligaron a sentarse en un taburete.

Entonces Mon-Kerte señaló acusadoramente a Lachman.

—Comienza el juicio contra el extranjero llamado Kent Lachman, nombre reconocido por él mismo, y acusado de espiar y suplantar a nuestro fiel
Lur-Jol
, murió en misión por la patria de los lorganitas a manos de los patrulleros de Faye…

—Un momento —silabeó el neujita levantándose. Su capa se escurrió y parte de su estilizado cuerpo reptil brilló bajo los rayos del sol que se filtraba por los tragaluces—. Los asuntos domésticos no son de mi incumbencia. El juicio contra ese hombre puede posponerse unos instantes.

Mon-Kerte le preguntó:

—¿Qué desea nuestro aliado Iichioh?

—Sólo queda un punto de nuestro tratado que debe ser llevado a la práctica cuanto antes.

—¿Se refiere a la destrucción de todas nuestras reservas de hirita? —Mon-Kerte se movió inquieto en su sillón—. Eso podría esperar y…

—¡No! Debe ser destruida hoy mismo. ¿Tengo que volver a decir que mi nación admitirá esa cantidad destruida como entregada y que deberá ser pagada? Es condición indispensable para que Neuj esté convencida que Lorgan seguirá adelante.

—Sin duda, Iichioh nos ofende involuntariamente…

—No es mi intención. Para llevar a cabo esa destrucción es preciso el consentimiento del Consejo. ¿Qué deciden?

Mon-Kerte se volvió para echar un vistazo a los miembros. No hubo ninguna oposición. Asintió y dijo:

—Así se hará. Se dará la orden de que las grutas donde pronto el

juicio contra Kent Lachman haya concluido. ¿Es suficiente para tranquilizarle?

—Me considero satisfecho. Ahora presenciaré el preludio de la ejecución del asesino de mi compañero Eelchit —y se sentó en medio de un remolino de ropas negras. Agregó—: A la que asistiré complacido.

Un consejero se alzó y gritó:

—Perderemos el tiempo en charlas acerca de la posible culpabilidad del impostor y espía. ¿Qué necesitamos para condenarle a muerte? Yo digo, que ahora mismo todos nos alcemos para demostrar que estamos de acuerdo con que sea ejecutado ahora mismo.

Lachman observó imperturbable cómo todos los miembros del Consejo se fueron levantando. El último en hacerlo fue Lur-Ash. Una nube de preocupación cruzaba su rostro contraído.

—El acusado es declarado culpable. Los cargos son…

—Quiero hablar —dijo Lachman.

Mon-Kerte le fulminó con la mirada.

—Es irrespetuosa esta interrupción.

—Déjese de tonterías. Estoy condenado a muerte y lo menos que pueden consentirme es hacer uso de la palabra —masculló Lachman—. ¿Desde cuándo el Consejo se ha negado a escuchar a un acusado?

Les desafió con la mirada. Los consejeros estaban confusos. Ni siquiera el jefe se opuso. Siguió diciendo:

—Ante todo quiero manifestar mi seguridad de que apenas las cosechas sean destruidas Lorgan habrá firmado su sentencia de muerte. Esas plantas son vitales para Faye e inútiles para otro mundo de la galaxia. Excepto, por supuesto, para Neuj. Pero Neuj sólo quiere que esa mercancía no llegue a Faye. Luego le importará un comino. Y no cumplirá sus promesas porque ningún amo cumple con lo que promete a un esclavo. Es más, Neuj les ignorará, si es que para entonces Lorgan aún sigue existiendo.

—¿Qué está sugiriendo? —exclamó Mon-Kerte.

—Que Lorgan será destruido por Faye, y también por las naves de Imperio, apenas se conozca que la hirita ha sido destruida. Será una sucia venganza, es cierto, pero el Imperio castigará a los

lorganitas por su alianza con Neuj.

—Los neujitas nos protegerán…

—Ellos estarán muy ocupados marchando sobre la Tierra, organizando una nueva y cruel guerra en la galaxia. Dejará que algunas naves de Faye destruyan este mundo. No, no les protegerá.

—¿Por qué tenemos que escuchar a un sucio extranjero? —gritó un consejero furiosamente.

—No soy un extranjero —bramó Lachman—, nací en Lorgan.

Caminó por delante del anfiteatro, con insolencia y seguridad.

—Muchos de vosotros debéis recordarme, aunque entonces sólo era un muchacho, un joven que se sentía despreciado junto con su hermano. Soy Lur-Utam, hermano de Lur-Jol e hijo de Lur-Daya, la mujer cuyo pecado fue amar a un extranjero y por quien murió. Lur-Ash se alzó trémulo de su asiento, avanzó unos pasos y se detuvo delante de Lachman.

—Eres igual que Lur-Jol, y Lur-Utam sería igual a él si hubiera vivido. Es imposible reconstruir un rostro con tanta perfección. Ambos eran gemelos, idénticos… ¿Es cierto lo que dices?

—Lo he sabido hace poco. —Se volvió para mirar a Kanable—. Ese hombre lo sabía. Lo averiguó cuando tuvo noticias de la crisis en Lorgan. Le dijeron que un fugitivo de Lorgan era un agente del Departamento Galáctico, aunque él lo ignoraba. Vio mis hologramas y los constató con los que tenía del moribundo Lur-Jol. Entonces investigó y supo quién era yo. Pero lo calló porque quería utilizarme. Yo podría recobrar parte de mi memoria si volvía a Lorgan, incluso tendría acceso a los pensamientos de mi hermano. Es algo que en los gemelos dispuestos psíquicamente desde el

embarazo que practicó mi padre, un gran científico que se enamoró de este planeta, aunque nunca fue aceptado por sus habitantes.

»Sé que mi hermano Lur-Jol nunca planeó la alianza con los neujitas, sino que fue Mon-Kes, quien por razones oscuras no quiso presentarse ante el Consejo alegando la paternidad del proyecto. Pero cuando vio que Lur-Jol era halagado, sintió envidia y se arrepintió de su cobardía. Mon-Kes tiene ambiciones. Desea convertirse en dictador de este planeta y conquistar mundos con el beneplácito de Neuj. Está loco, me temo.

»Pero la crisis surgió cuando mi hermano adivinó la verdadera importancia de la hirita para Faye. Entonces se asustó y manifestó a Mon-Kes que el plan debía ser anulado, suspender las conversaciones con los neujitas. Mon-Kes se puso furioso y quiso convencerle para que desistiese. No lo logró y llegó el día en que Lur-Jol tenía que acudir a una reunión en el espacio con los neujitas. Aún no había dicho a nadie que el proyecto tenía que ser abandonado. Como marchó solo a causa de que la nave no admitía más pasajeros, llevó el propósito de volver diciendo que las condiciones de Neuj eran innegociables. Poco a poco el asunto se iría olvidando.

»Pero Mon-Kes no estaba dispuesto a que sus ambiciones se vinieran abajo. Tenía la intención de eliminar a Lur-Jol más tarde, pero decidió atacarle con su nave cuando saliese del hiperespacio. Mon-Kes fue quien mató a Lur-Jol y no los patrulleros de Faye. Era el único que conocía el punto

exacto por el que la nave de
Lur-Jol
saldría al espacio normal.

—¡Este hombre está mintiendo! —estalló desde la zona de invitados,
Mon-Kes
—. Es una nueva treta para dividir el Consejo.

—Sé lo que digo. Los particulares genes de mi hermano y míos me han permitido acceder a sus pensamientos, a sus temores —dijo Lachman—. Desde que llegué a Lorgan sentí voces extrañas que me impulsaban a actuar desde el lado de los lorganitas, pese a que creía obedecer órdenes de James Kanable.

—¿Cómo supones que
Mon-Kes
atentó contra
Lur-Jol
si éste ni siquiera pudo haberlo sabido? —preguntó enfáticamente
Lur-Ash
.

—He sido visitado en mi celda hace poco y tengo pruebas que convencerá al Consejo que
Mon-Kes
usó su nave estelar para seguir a
Lur-Jol
y matarle. Luego él mantuvo conversaciones secretas con los neujitas, probablemente, para ofrecerles su apoyo a cambio de que le nombrasen rey o dictador de este planeta. Cuando yo llegué a Lorgan,
Mon-Kes
se sintió turbado, exasperado. Creía haber matado a
Lur-Jol
. Ahora debía actuar de nuevo, pero no pudo impedir que
Leis-Sa
me acompañase a la nueva cita. Cuando ella comunicó al Consejo que yo era un impostor respiró tranquilo. Todo volvía a los cauces que él deseaba.

Ningún lorganita podía entrar armado en el Consejo a no ser que fuese nombrado guardián. Todo el mundo vio asombrado como

Mon-Kes
sacaba un arma y la dirigía contra Lachman. Los vigilantes estaban paralizados por la sorpresa.

Entonces
Mon-Kes
se contrajo y en su pecho apareció la empuñadura de un puñal, clavado justamente sobre su corazón. Se tambaleó y cayó al suelo. Todas las miradas se volvieron hacia el jefe del Consejo. Muy pálido, el viejo
Lur-Ash
vacilaba, apoyándose sobre el brazo de su sillón. Todos vieron como su mano izquierda soltó la vacía funda del puñal que había utilizado.

—Ha merecido la muerte —susurró derrumbándose en el sillón —. No sé si es cierto lo que ha dicho este hombre, que dice ser
Lur-Utam
, pero su actitud demostraba su culpabilidad. Un lorganita no debe mostrar armas no autorizadas en el Consejo.
Leis-Sa
salió del grupo de curiosos. La seguía
An-Dore
. Se plantó frente al abatido jefe y dijo secamente:

—Lo siento, Mon-Kerte; pero es cierto. Tu hijo usó su nave para matar a
Lur-Jol
.
An-Dore
puede demostrarlo.

El viejo levantó su mirada. Preguntó trémulo:

—Pero ¿podemos estar seguros de lo demás? ¿Podemos creer a este supuesto
Lur-Utam
de que los neujitas nunca nos habrían ayudado?

Ella señaló al neujita.

—Él nos lo puede decir. Al menos no mostró ninguna emoción cuando vio a
Lur-Utam
haciéndose pasar por su hermano y yo les dije que padecía una

enfermedad. Sabían que no podía ser
Lur-Jol
.

El neujita dio un tremendo salto al tiempo que sacaba un brillante objeto. Lachman contuvo a los guardias lorganitas que corrieron a detener al reptil, gritando al mismo tiempo:

—¡Dejadle! Tiene una bomba en sus manos.

Los nativos se apartaron velozmente del neujita, quien dijo:

—Cierto. La haré estallar si alguien intenta detenerme —miró con odio a los miembros del Consejo—. Sucios humanos, merecen ser toda su vida esclavos. ¡Malditos! Tenéis en vuestras manos un gran poder sin saberlo, pero no sois merecedores de gozar de él.

Agitando la mano que portaba el objeto, fue avanzando hasta la salida. En el exterior nadie le detuvo. La noticia se había extendido por toda la aldea.

Alguien entró corriendo en la sala diciendo que el neujita había subido a la nave del visitador.
Leis-Sa
se reunió con Lachman, sonriéndole.

—Querido, esto puede traernos consecuencias, pero no podemos hacer nada por detenerle. ¿Nos protegerá el Imperio?

—Creo que el Imperio hará muchas cosas más —dijo Kanable acercándose a ellos—. Todo cuanto he dicho antes se cumplirá, siempre que la hirita no falte nunca en Faye.

—Pero los consejeros están demasiado intrigados —protestó Lachman.

—Pero se les comunicará la verdad acerca de la hirita —dijo Kanable distraídamente mirando su reloj—. Creo que esa nave está ya bastante lejos. No podrá causar daño.

Se llevó la mano al cuello y apretó con fuerza. Su boca se torció de dolor. Unos segundos más tarde llegó muy apagada una explosión que debía ser enorme. Tranquilamente, Kanable explicó:

—Me cambiaron el comunicador por un dispositivo a control remoto con el que podía hacer explotar la carga atómica que llevaba escondida la nave que conduje hasta aquí —miró con picardía a Lachman y
Leis-Sa
.

Lachman le miró asustado.

—Pero si estaba cerca de la aldea todos habríamos muertos.

—Así habría sucedido, todo antes que permitir que la hirita almacenada hubiera sido destruida —suspiró—. Afortunadamente ha servido para mandar al infierno de Neuj a ese reptil.

Vieron abandonar la sala al desolado Mon-Kerte. Algunos familiares le ayudaron.

Lur-Ash se acercó a ellos. Miró un momento a Lachman, titubeando.

—Ya no es necesario fingir, muchacho. Quiero que me digas si verdaderamente eres Lur-Utam.

—Lo es —intervino Kanable—. Puedo demostrarlo.

Lur-Ash abrazó a Lachman.

—No es preciso —dijo—. Ha llegado el momento de las verdades, de mostrar el alma desnuda. Celebro que un hijo de mi hija siga vivo. Bien venido, Lur-Utam.

Después de volverse a abrazar, se alejó. Un grupo de consejeros le esperaba con impaciencia. Había mucho que discutir en aquella ajetreada mañana.

Lachman se mordió los labios. Tomó a Leis-Sa por la cintura. Desde ahora debía sentirse como Lur-Utam. Kent Lachman había dejado de existir. Saludó con la mano a An-Dore, quien en compañía de su amada le visitaron en la celda pocas horas antes y le contaron lo que An-Dore había descubierto en la nave de Mon-Kes.

Kanable carraspeó y dijo antes de dirigirse hacia el nutrido grupo de consejeros:

—Solicitaré hablarles a solas.

Lur-Ash

tiene razón; es el momento de confiar en los semejantes, de mostrarles el interior. Debo decirles por qué dos mil millones de seres precisan de la hirita.

—Sí, hágalo. Un lorganita no permitirá semejante masacre. Lo sé bien porque yo soy uno de ellos.

Rió y apretó a

Leis-Sa

. Ambos salieron de la casa del Consejo. Había mucha gente, pero le abrieron un pasillo. Lachman observó complacido que no había hostilidad alguna en los lorganitas. Las noticias corrían rápidas allí. Empezó a sentir palmaditas en la espalda. Un chiquillo le llamó por su nombre local y le sonrió.

Fuera, todavía rodeados por miles de nativos, Lachman alzó la mirada. En el limpio cielo de Lorgan distinguió una nube distinta a las demás Era roja, el único rastro dejado por la nave en que pretendió fugarse el neujita.

FIN



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (
G. H. White
). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).